

No somos irrompibles (12 cuentos de chicos enamorados)

Elsa Bornemann

Es una de las más destacadas escritoras de literatura infantil en lengua castellana. Sus libros de cuentos, novelas y poesías la han convertido en la autora predilecta de niños y jóvenes, y le han dado un notable reconocimiento internacional.

Doce cuentos para chicos y chicas, donde el amor se presenta con sus alegrías y sus temores, con sus encuentros y sus pérdidas, con su maravillosos poder de transformar la vida de los seres humanos. Protagonizados por niños como todos, de aquí o de lejos, pero siempre reconocibles y capaces de descubrir los sentimientos que se esconden en el corazón.



I SBN 956-239-195-7



9 789562 391955

ALFAGUARA

DESDE
10
AÑOS

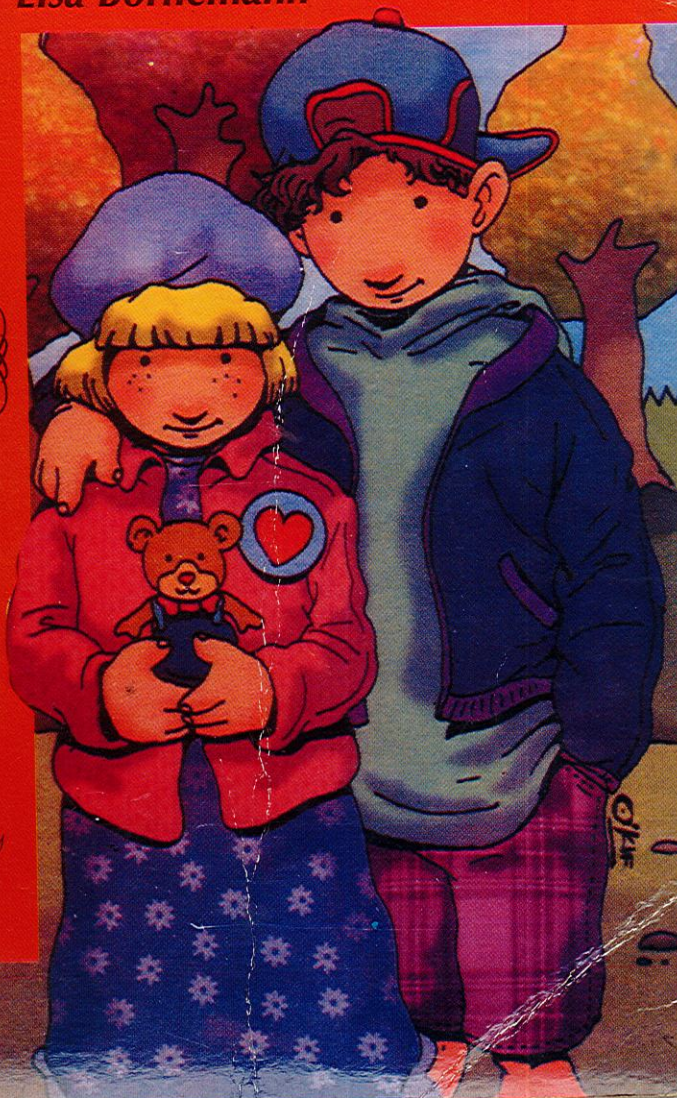


ALFAGUARA

No somos irrompibles

(12 cuentos de chicos enamorados)

Elsa Bornemann



ALFAGUARA


Del texto: 1991, Elsa Bornemann

De esta edición:

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

ISBN: 956-239-195-7

Impreso en Chile/Printed in Chile

Décimotercera edición: enero 2011

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Una editorial del grupo Santillana con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela •

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial

No somos Irrompibles

Elsa Bornemann

Ilustraciones de O'Kif

ALFAGUARA


No somos irrompibles

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

Los cristales pueden quebrarse.
A veces, basta un leve golpe de abanico.
Las telas suelen desgarrarse al contacto
de una diminuta astilla.
Se rasgan los papeles...
Se rompen los plásticos...
Se rajan las maderas...
Hasta las paredes se agrietan, tan firmes
y sólidas como parecen.

¿Y nosotros?

Ah... Nosotros tampoco somos irrompibles.

Nuestros huesos corren el riesgo de fracturarse, nuestra piel puede herirse...

También nuestro corazón, aunque siga funcionando como un reloj suizo y el médico nos asegure que estamos sanos.

¡CUIDADO! ¡FRÁGIL! El corazón se daña muy fácilmente.

Cuando oye un "no" redondo o un "sí" desganado, una especie de "nnnnnsí" y merecía un tintineante "sí"...

Cuando lo engañan...

Cuando encuentra candados donde debía encontrar puertas abiertas.

Cuando es una rueda que gira solitaria día tras día... noche más noche...

Cuando...

Entonces, siente tirones desde arriba, por adelante, desde abajo, por detrás... o es un potrillito huérfano galopando dentro del pecho.

¿Se arruga?

¿Se encoge?

¿Se estira?

No.

Late lastimado.

¿Y cómo se cura?

Solamente el amor de otro corazón alivia sus heridas.

Solamente el amor de otro corazón las cicatriza.

Mi amigo y yo lo sabemos.

Por eso somos amigos.

Con el sol entre los ojos

La única que se dio cuenta soy yo: Gustavo tiene un sol entre los ojos. Un pequeño sol colorado, de rayos desparejos, como despeinado en los bordes...

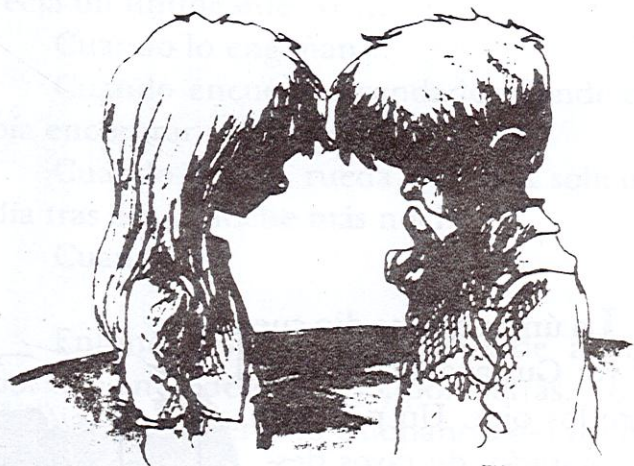
Cuando Gustavo mira, enciende cada cosa que mira.

La primera vez que lo advertí fue cuando puso antorchas a lo largo de la escalera de la escuela, una sobre cada peldaño, a medida que bajábamos...

Me asombré tanto, que no pude decir nada.

Otra vez, prendió las cortinas del salón de música. Yo estaba ubicada en la grada junto al ventanal y sentí que las espaldas me ardían de repente. Inquieta, busqué a Gustavo entre el grupo de chicos que cantaban al la-





do del piano. Lo sorprendí mirando fijamente en dirección a mí.

Más tarde, cuando le pregunté cómo era posible que nadie más se diera cuenta, me contestó con una larga sonrisa.

¡Pero una tercera vez encendió un mediodía a las once de la noche! Fue en el mismo momento en que finalizaba la fiesta de mi cumpleaños y nos despedíamos con un beso ligerito en la puerta de mi casa. Entonces ya no pude soportar su silencio ni un minuto más. —¿Cómo explicártelo? — me dijo, medio avergonzado, cuando le exigí que respondiera a mi por qué.

—Ni yo entiendo bien qué es lo que me está pasando... Parece que solamente nosotros dos lo notamos... ¿Vas a ser capaz de guardar el secreto, no?

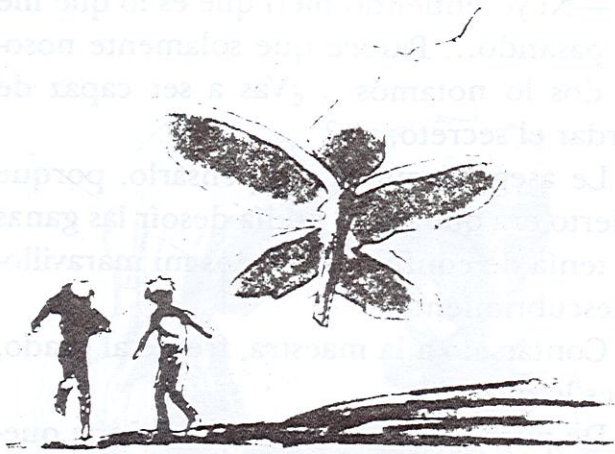
Le aseguré que sí sin pensarlo, porque lo cierto era que ya no podía desoír las ganas que tenía de confiarles a todos mi maravilloso descubrimiento.

Contárselo a la maestra, frente al grado, eso es lo que hice.

De puro tonta nomás, una mañana quebré lo prometido y me decidí: —Señorita... —le dije— ¡Gustavo lleva un sol entre las cejas! ¿Usted no lo ve? La maestra se balanceó en su silla, divertida. Las risas de mis compañeros sacudieron el aula. Gustavo me miró asombrado y la sala pareció quemarse. Allí estaba su sol, más brillante que otras veces, abriendo un caminito rojo con sus rayos. Un caminito que empezaba en su cara y terminaba en la mía. Un caminito vacío, completamente en llamas. Fulminante.

—¿Qué fantasía es ésa? —exclamó la maestra—. ¡El único sol que existe es aquél! —y la señorita señaló el disco de oro colgado de una esquina del cielo, justo de esa esquina que se dobla sobre el patio de la escuela.

—Se burlaron, ¿viste? —me susurró Gustavo no bien salimos al patio. —¿Qué necesi-



¿Acaso no te basta con saber que es nuestro?

Sí. Ahora me basta. Aprendí que es inútil pretender que todos sientan del mismo modo. Aunque sean cosas muy hermosas las que uno quisiera compartir...

Desde entonces, no he vuelto a contárselo a nadie. Pero esta maravilla continúa desbordándose y necesito volcarla, al menos, en mi cuaderno borrador. Por eso, escribo.

En los recreos, casi siempre sigo siendo sólo yo la que juega con Gustavo. —Es un pibe raro... —murmuran los demás chicos.

Y tienen razón. Sí. Gustavo es un muchachito diferente, pero por su sol, que únicamente yo tengo el privilegio de ver. ¡Y es hermoso ser distinto por llevar un sol entre los ojos!

Gustavo. Mi más querido amigo.

Pasamos las tardes de los domingos correteando por la plaza y él sigue encendiendo cada cosa que mira, una por una:

El agua de la fuente se llena de fogatas.

La arena bajo el tobogán es una playita incendiada.

Los árboles lanzan llamas a su paso y hasta las mariposas, si las toca su mirada, son fósforos voladores...

Ahora que lo escribí, el secreto ya no me pesa tanto...

Estoy contenta y, sin embargo, tengo una duda: ¿seré yo su amiga más querida?

Me parece que sí, porque aunque no se lo pida, Gustavo viene a buscarme a través de su caminito en llamas... Cuando llueve, él se apura a regalarme sus tibios rayitos... Cuando estoy triste, ilumina mi vereda hasta hacerme sonreír...

Por eso, aunque nadie lo vea, aunque me hayan dicho que es un disparate, aunque me vuelvan a repetir cien veces que es imposible, yo estoy segura, yo lo creo: Gustavo tiene un sol entre los ojos.

Mil grullas

Naomi Watanabe y Toshiro Ueda creían que el mundo era nuevo. Como todos los chicos. Porque ellos eran nuevos en el mundo. También, como todos los chicos. Pero el mundo era ya muy viejo entonces, en el año 1945, y otra vez estaba en guerra. Naomi y Toshiro no entendían muy bien qué era lo que estaba pasando.

Desde que ambos recordaban, sus pequeñas vidas en la ciudad japonesa de Hiroshima se habían desarrollado del mismo modo: en un clima de sobresaltos, entre adultos callados y tristes, compartiendo con ellos los escasos granos de arroz que flotaban en la sopa diaria y el miedo que apretaba las reuniones familiares de cada anochecer en torno a las noticias de la radio, que hablaban de luchas y muerte por todas partes.

Sin embargo, creían que el mundo era nuevo y esperaban ansiosos cada día para descubrirlo.

¡Ah... y también se estaban descubriendo uno al otro!

Se contemplaban de reojo durante la caminata hacia la escuela, cuando suponían que sus miradas levantaban murallas y nadie más que ellos podían transitar ese imaginario senderito de ojos a ojos.

Apenas si habían intercambiado algunas frases. El afecto de los dos no buscaba las palabras. Estaban tan acostumbrados al silencio...

Pero Naomi sabía que quería a ese muchachito delgado, que más de una vez se quedaba sin almorzar por darle a ella la ración de batatas que había traído de su casa.

—No tengo hambre —le mentía Toshiro, cuando veía que la niña apenas si tenía dos o tres galletitas para pasar el mediodía. —Te dejo mi vianda —y se iba a corretear con sus compañeros hasta la hora de regreso a las aulas, para que Naomi no tuviera vergüenza de devorar la ración.

Naomi... Poblaba el corazón de Toshiro. Se le anudaba en los sueños con sus largas trenzas negras. Le hacía tener ganas de crecer de golpe para poder casarse con ella. Pero ese futuro quedaba tan lejos aún...

El futuro inmediato de aquella primavera de 1945 fue el verano, que llegó puntualmente el 21 de junio y anunció las vacaciones escolares.

Y con la misma intensidad con que otras

veces habían esperado sus soleadas mañanas, ese año los ensombreció a los dos: ni Naomi ni Toshiro deseaban que empezara. Su comienzo significaba que tendrían que dejar de verse durante un mes y medio inacabable.

A pesar de que sus casas no quedaban demasiado lejos una de la otra, sus familias no se conocían. Ni siquiera tenían entonces la posibilidad de encontrarse en alguna visita. Había que esperar pacientemente la reanudación de las clases.

Acabó junio y Toshiro arrancó contento la hoja del almanaque...

Se fue julio y Naomi arrancó contenta la hoja del almanaque...

Y aunque no lo supieran: ¡Por fin llegó agosto! —pensaron los dos al mismo tiempo.

Fue justamente el primero de ese mes cuando Toshiro viajó, junto con sus padres, hacia la aldea de Miyashima.¹ Iban a pasar una semana. Allí vivían los abuelos, dos ceramistas que veían apilarse vasijas en todos los rincones de su local.

Ya no vendían nada. No obstante, sus manos viejas seguían modelando la arcilla con la misma dedicación de otras épocas. —Para cuando termine la guerra... —decía el abue-

¹ Miyashima: pequeña isla situada en las proximidades de la ciudad de Hiroshima.

lo. —Todo acaba algún día... —comentaba la abuela por lo bajo. Y Toshiro sentía que la paz debía de ser algo muy hermoso, porque los ojos de su madre parecían aclararse fugazmente cada vez que se referían al fin de la guerra, tal como a él se le aclaraban los suyos cuando recordaba a Naomi.

¿Y Naomi?

El primero de agosto se despertó inquieta; acababa de soñar que caminaba sobre la nieve. Sola. Descalza. Ni casas ni árboles a su alrededor. Un desierto helado y ella atravesándolo.

Abandonó el *tatami*,² se deslizó de puntillas entre sus dormidos hermanos y abrió la ventana de la habitación. ¡Qué alivio! Una cálida madrugada le rozó las mejillas. Ella le devolvió un suspiro.

El dos y el tres de agosto escribió, trabajosamente, sus primeros *haikus*.³

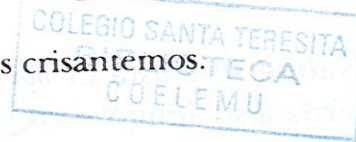
Lento se apaga
el verano.
Enciendo
lámpara y sonrisas.

Pronto

² Tatami: estera que se colocó sobre los pisos, en las casas japonesas tradicionales.

³ Haiku o Haikai: breve poema de diecisiete sílabas, típico de la poesía japonesa.

florecerán los crisantemos.
Espera,
corazón.



Después, achicó en rollitos ambos papeles y los guardó dentro de una cajita de laca en la que escondía sus pequeños tesoros de la curiosidad de sus hermanos.

El cuatro y el cinco de agosto se los pasó ayudando a su madre y a las tías. ¡Era tanta la ropa para remendar!

Sin embargo, esa tarea no le disgustaba. Naomi siempre sabía hallar el modo de convertir en un juego entretenido lo que acaso resultaba aburridísimo para otras chicas. Cuando cosía, por ejemplo, imaginaba que cada doscientas veintidós puntadas podía sujetar un deseo para que se cumpliera.

La aguja iba y venía, laboriosa. Así, quedó en el pantalón de su hermano menor el ruego de que finalizara enseguida esa espantosa guerra, y en los puños de la camisa de su papá, el pedido de que Toshiro no la olvidara nunca...

Y los dos deseos se cumplieron.

Pero el mundo tenía sus propios planes...

Ocho de la mañana del seis de agosto en el cielo de Hiroshima.

Naomi se ajusta el *obi*⁴ de su *kimono*⁵ y recuerda a su amigo: —¿Qué estará haciendo ahora?

“Ahora”, Toshiro pesca en la isla mientras se pregunta: —¿Qué estará haciendo Naomi?

En el mismo momento, un avión enemigo sobrevuela el cielo de Hiroshima.

En el avión, hombres blancos que pulsan botones y la bomba atómica surca por primera vez un cielo. El cielo de Hiroshima.

Un repentino resplandor ilumina extrañamente la ciudad.

En ella, una mamá amamanta a su hijo por última vez.

Dos viejos trenzan bambúes por última vez.

Una docena de chicos canturrea: “*Donguri Koro Koro - Donguri Ko...*”⁶ por última vez.

Cientos de mujeres repiten sus gestos habituales por última vez.

Miles de hombres piensan en mañana por última vez.

Naomi sale para hacer unos mandados.

Silenciosa explota la bomba. Hierven, de repente, las aguas del río.

Y medio millón de japoneses, medio mi-

⁴ Obi: faja que acompaña al kimono.

⁵ Kimono: vestimenta tradicional japonesa, de amplias mangas, larga hasta los pies y que se cruza por delante, sujetándose con una especie de faja llamada obi.

⁶ Donguri-Koro... verso de una popular canción infantil japonesa.

llón de seres humanos, se desintegran esa mañana. Y con ellos desaparecen edificios, árboles, calles, animales, puentes y el pasado de Hiroshima.

Ya ninguno de los sobrevivientes podrá volver a reflejarse en el mismo espejo, ni abrir nuevamente la puerta de su casa, ni retomar ningún camino querido.

Nadie será ya quien era.

Hiroshima arrasada por un hongo atómico.

Hiroshima es el sol, ese seis de agosto de 1945. Un sol estallando.

Recién en diciembre logró Toshiro averiguar dónde estaba Naomi. ¡Y que aún estaba viva, Dios!

Ella y su familia, internados en el hospital ubicado en una localidad próxima a Hiroshima. Como tantos otros cientos de miles que también habían sobrevivido al horror, aunque el horror estuviera ahora instalado dentro de ellos, en su misma sangre.

Y hacia ese hospital marchó Toshiro una mañana.

El invierno se insinuaba ya en el aire y el muchacho no sabía si era el frío exterior o su pensamiento lo que le hacía tiritar.

Naomi se hallaba en una cama situada

junto a la ventana. De cara al techo. Con los ojos abiertos y la mirada inmóvil. Ya no tenía sus trenzas. Apenas una tenue pelusita oscura.

Sobre su mesa de luz, unas cuantas grullas de papel desparramadas.

—Voy a morirme, Toshiro... —susurró, no bien su amigo se paró, en silencio, al lado de su cama. —Nunca llegaré a plegar las mil grullas que me hacen falta...

Mil grullas... o *Semba-Tsuru*,⁷ como se dice en japonés.

Con el corazón encogido, Toshiro contó las que se hallaban dispersas sobre la mesita. Sólo veinte. Después, las juntó cuidadosamente antes de guardarlas en un bolsillo de su chaqueta.

—Te vas a curar, Naomi —le dijo entonces, pero su amiga no le oía ya: se había quedado dormida.

El muchachito salió del hospital, bebiéndose las lágrimas.

Ni la madre, ni el padre, ni los tíos de Toshiro (en cuya casa se encontraban temporalmente alojados) entendieron aquella noche el porqué de la misteriosa desaparición de casi todos los papeles que, hasta ese día, había habido allí.

⁷ *Semba-Tsuru*: mil grullas. Una creencia popular japonesa asegura que haciendo mil de esas aves —según enseña a realizarlo el *origami* (nombre del sistema de plegado de papel)— se logra alcanzar larga vida y felicidad.

Hojas de diario, pedazos de papel para envolver, viejos cuadernos y hasta algunos libros parecían haberse esfumado mágicamente. Pero ya era tarde para preguntar. Todos los mayores se durmieron, sorprendidos.

En la habitación que compartía con sus primos, Toshiro velaba entre las sombras. Esperó hasta que tuvo la certeza de que nadie más que él continuaba despierto. Entonces, se incorporó con sigilo y abrió el armario donde se solían acomodar las mantas.

Mordiéndose la punta de la lengua, extrajo la pila de papeles que había recolectado en secreto y volvió a su lecho.

La tijera la llevaba oculta entre sus ropas.

Y así, en el silencio y la oscuridad de aquellas horas, Toshiro recortó primero novecientos ochenta cuadraditos y luego los plegó, uno por uno, hasta completar las mil grullas que ansiaba Naomi, tras sumarles las que ella misma había hecho. Ya amanecía. El muchacho se encontraba pasando hilos a través de las siluetas de papel. Separó en grupos de diez las frágiles grullas del milagro y las aprestó para que imitaran el vuelo, suspendidas como estaban de un leve hilo de coser, una encima de la otra.

Con los dedos paspados y el corazón temblando, Toshiro colocó las cien tiras dentro

de su *furoshiki*⁸ y partió rumbo al hospital antes de que su familia se despertara. Por esa única vez, tomó sin pedir permiso la bicicleta de sus primos.

No había tiempo que perder. Imposible recorrer a pie, como el día anterior, los kilómetros que lo separaban del hospital. La vida de Naomi dependía de esas grullas.

—Prohibidas las visitas a esta hora —le dijo una enfermera, impidiéndole el acceso a la enorme sala en uno de cuyos extremos estaba la cama de su querida amiga.

Toshiro insistió: —Sólo quiero colgar estas grullas sobre su lecho. Por favor...

Ningún gesto denunció la emoción de la enfermera cuando el chico le mostró las avencitas de papel. Con la misma aparente impasibilidad con que momentos antes le había cerrado el paso, se hizo a un lado y le permitió que entrara: —Pero cinco minutos, ¿eh?

Naomi dormía.

Tratando de no hacer el mínimo ruidito, Toshiro puso una silla sobre la mesa de luz y luego se subió.

Tuvo que estirarse a más no poder para alcanzar el cielo raso. Pero lo alcanzó. Y en

⁸ Furoshiki: tela cuadrangular que se usa para formar una bolsa, atándola por sus cuatro puntas después de colocar el contenido.

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU.



un rato estaban las mil grullas pendiendo del techo; los cien hilos entrelazados, firmemente sujetos con alfileres.

Fue al bajarse de su improvisada escalera cuando advirtió que Naomi lo estaba observando. Tenía la cabecita echada hacia un lado y una sonrisa en los ojos.

—Son hermosas, Toshi-chan...⁹ Gracias...

—Hay un millar. Son tuyas, Naomi. Tuyas —y el muchacho abandonó la sala sin darse vuelta.

En la luminosidad del mediodía que ahora ocupaba todo el recinto, mil grullas empezaron a balancearse impulsadas por el viento que la enfermera también dejó colar, al entreabrir por unos instantes la ventana.

Los ojos de Naomi seguían sonriendo.

La niña murió al día siguiente. Un ángel a la intemperie frente a la impiedad de los adultos. ¿Cómo podían mil frágiles avecitas de papel vencer el horror instalado en su sangre?

Febrero de 1976.

Toshiro Ueda cumplió cuarenta y dos años y vive en Inglaterra. Se casó, tiene tres hijos y es gerente de sucursal de un banco establecido en Londres.

⁹ Toshi-chan, diminutivo de Toshiro.

Serio y poco comunicativo como es, ninguno de sus empleados se atreve a preguntarle por qué, entre el aluvión de papeles con importantes informes y mensajes telegráficos que habitualmente se juntan sobre su escritorio, siempre se encuentran algunas grullas de origami dispersas al azar.

Grullas seguramente hechas por él, pero en algún momento en que nadie consigue sorprenderlo.

Grullas desplegando alas en las que se descubren las cifras de la máquina de calcular.

Grullas surgidas de servilletitas con impresos de los más sofisticados restaurantes...

Grullas y más grullas.

Y los empleados comentan, divertidos, que el gerente debe de creer en aquella superstición japonesa.

—Algún día completará las mil... —cuchichean entre risas—. ¿Se animará entonces a colgarlas sobre su escritorio?

Ninguno sospecha, siquiera, la entrañable relación que esas grullas tienen con la perdida Hiroshima de su niñez. Con su perdido amor primero.

■ **¿Quién es ese ganso?** ■

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

—¿Quién es ese ganso?

—le preguntó Gerardo a su amiga, no bien ella desenrolló el gran póster que le acababa de regalar una compañera de grado.

—Dame las chinchas y no preguntes estupideces.

Marcela se subió a una silla y extendió el pliego sobre una de las paredes de su dormitorio. El rostro sonriente de su actor de cine favorito ocupó, entonces, toda su atención.

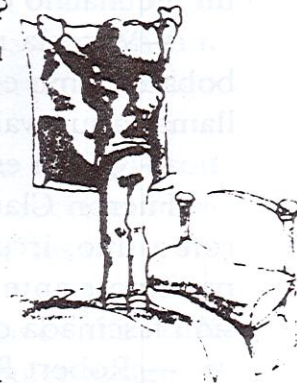
—Ah... —suspiró embelesada. —¡Qué pelo!

—Bah... Teñido, seguramente —dijo Gerardo.

—¡Qué dientes parejitos! ¡Y tan blancos!

—Postizos.

Marcela se fastidió: —¡Lo único que falta



es que digas que tiene ojos de vidrio! ¿Me vas a alcanzar esas chinches o no?

A desgano, Gerardo se las alcanzó una por una, mientras comparaba mentalmente su propia apariencia con la de ese galán que había ganado el corazón de su amiga.

Los celos lo torturaban. "Ese ganso" era rubio, pelilacio y, para colmo, un hombre.

Él, moreno, de pelo ensortijado y apenas un muchacho de once años.

—Marcela nunca va a fijarse en mí, embobada como está con ese... ese... ¿Cómo se llamaría su rival?

—¿Quién es ese ganso, Marcela?

Fueron Claudia y Silvia las que contestaron a dúo, irrumpiendo en la habitación y parándose ante el póster con la misma expresión fascinada que tenía Marcela.

—¡Robert Redford! ¡Robert Redford!

—Vamos al comedor, tengo que apagar las velas —dijo Marcela, y abandonó el dormitorio. Sus dos amigas la siguieron de inmediato. Gerardo permaneció aún unos instantes, mirando con rabia a ése del que ni le importaba recordar el nombre. Ya iba a dirigirse él también hacia la sala cuando, sobre el escritorio de Marcela y casi confundida entre las escolares, descubrió aquella carpeta: forrada con recortes de diferentes revistas, multiplicaba hasta el hartazgo la cara de Ro-

bert Redford. Hasta el hartazgo de Gerardo, por supuesto, porque era evidente que Marcela sentía una gran atracción por ese actor. ¿Cómo explicar, si no, que a lo largo de diez páginas (como Gerardo mismo comprobó fastidiado al hojearla) hubiera pegado tantas fotografías? Robert Redford de frente, de perfil, serio, displicente, con sombrero tejano, descalzo, de blue-jeans, sonriente, durante el rodaje de alguna película, con impecable smoking, fumando un habano... En fin. "¡Robert Redford hasta en la sopa!". se dijo Gerardo.

Cerró la carpeta con fuerza, como si con ese gesto pudiera hacer desaparecer el objeto de su malestar, de sus profundos y no confesados celos.

Cuando llegó a la sala, todos estaban cantando el "Happy Birthday". Alguien apagó las luces.

Frente a la encendida torta de cumpleaños, Marcela aspiraba con fuerza, su vista clavada en las velitas. Después, sopló.

Su familia y sus compañeros aplaudieron. Enseguida, uno por uno se le acercaron para felicitarla.

Cuando Gerardo se decidió a hacer lo mismo, estaba tan cohibido que se llevó la mesa por delante. Copas y botellas tintinearón levemente. —¡Maldita timidez! —pensó

Gerardo. —¡Menos mal que no se volcó nada! Y sobreponiéndose a lo que a él se le antojaba un papelón, se aproximó a Marcela y le dio un beso.

—Tendré que esperar hasta abril del año que viene para volver a tener esta oportunidad... —pensó, algo acongojado.

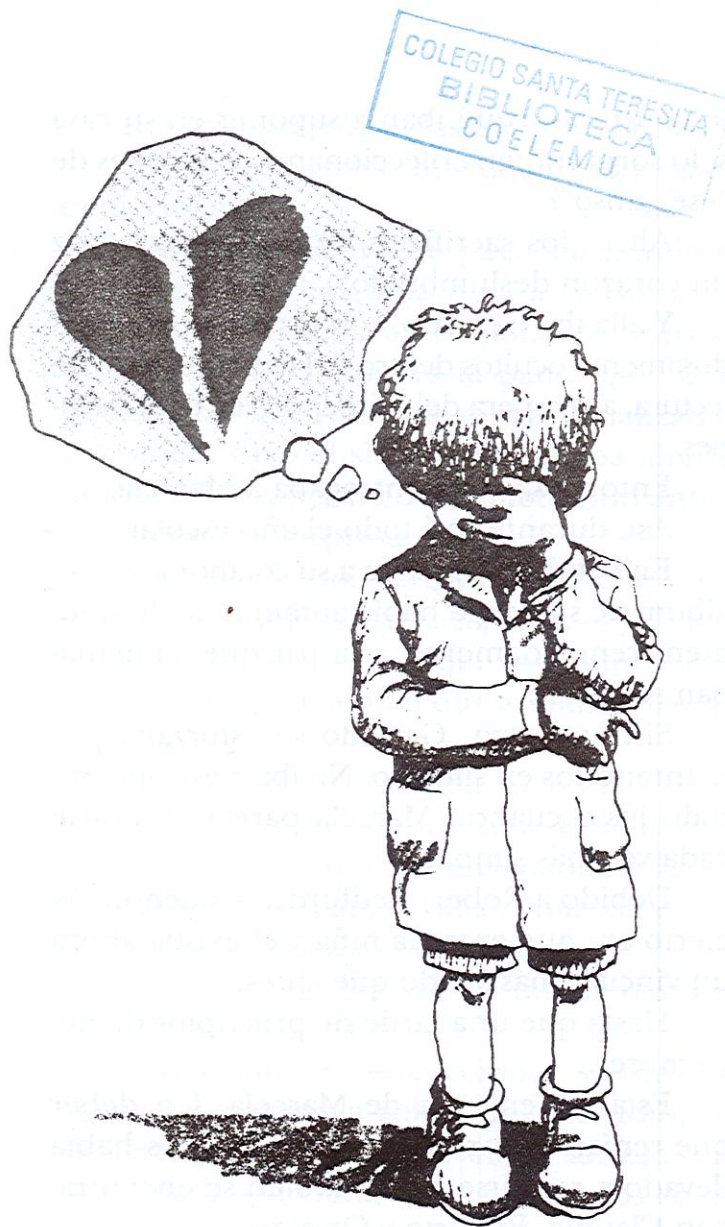
Las mejillas le ardían.

Durante los días que siguieron a la fiesta, Gerardo trató de demostrar un total desinterés hacia Marcela. Aprovechaba los recreos para jugar y pavonearse con otras chicas. Era el plan que se había propuesto para lograr atraer la atención de Marcela: —Que se crea que ella no me gusta.

Pero no resultó. Todo fue peor para él. El tiempo pasaba, la chica ni siquiera acusaba recibo de su aparente falta de interés y a Gerardo no le quedó más remedio que volver a acercársele como siempre. La relación entre ambos estaba a punto de desbarrancarse en la pura nada.

Entonces se le ocurrió encarar la situación de otro modo. —Aunque hacer esto me revuelva las tripas —se decía Gerardo cada fin de semana cuando, tijera en mano, revisaba las revistas de su mamá y de sus tías a la pesca de alguna foto de Robert Redford.

Lo hacía en secreto, qué duda cabe. De



lo contrario, ¿qué iban a suponer en su casa si lo sorprendían coleccionando imágenes de "ese ganso"?

Ah... ¡los sacrificios de los que es capaz un corazón deslumbrado!

Y allá iba Gerardo, con los recortes cuidadosamente ocultos dentro del forro del libro de lectura, a la espera del primer recreo de cada lunes.

Entonces, se los entregaba a Marcela.

Así, durante casi todo el año escolar.

En octubre, y gracias a su colaboración, el álbum de su amiga había aumentado de volumen tremendamente, a la par que aumentaban sus celos.

Sin embargo, Gerardo se esforzaba por mantenerlos en silencio. No iba a estropearlo todo justo cuando Marcela parecía cobrarle cada vez más simpatía...

Debido a Robert Redford... y bueno... lo cierto era que entre la niña y él existía ahora un vínculo más sólido que antes.

Hasta que una tarde de principios de noviembre...

Estaban en casa de Marcela. Un deber que tenían que realizar en equipo los había llevado a reunirse allí. También se encontraban Claudia, Roberto y Osvaldo.

Gerardo terminaba de colorear el contorno del enorme mapa que habían dibujado.

Roberto preparaba las últimas fichas.

Claudia y Osvaldo buscaban palabras en el diccionario.

Marcela concluyó de pasar en limpio el informe para Geografía que, a causa de su buena letra, le había correspondido transcribir. Aprovechó entonces la pausa que se le presentaba mientras los demás finalizaban sus tareas, dejó el sitio que ocupaba alrededor de la mesa y salió de la habitación anticipándoles una sorpresa.

Cuando volvió, cargaba algo entre sus manos, escondidas tras la espalda. —¡Un momento, chicos! —les dijo. —¡Quiero que vean el fantástico álbum que armamos Gerardo y yo!

De inmediato, Claudia lo acaparó, encantada al ver que se trataba de Robert Redford, mientras Roberto y Osvaldo se intercambiaban risueñas guiñadas y miraban, burlescos, la cara colorada de Gerardo.

—¿Pero qué se creen? ¡A mí me importa un pepino ese ganso!

—¿¿¿Cómo??? —reaccionó Marcela—. ¿Quién me ayudó a coleccionar las fotos de Robert Redford? ¿Quién, eh? Y afirmó con seguridad: —A Gerardo le gusta tanto como a mí. Te dará vergüenza admitirlo, ¿no?

Marcela estaba enojada. No se le había ocurrido pensar que su amigo había hecho

todo eso guiado únicamente por las ganas de complacerla, de estar con ella durante más tiempo y con el propósito de que tuviera un motivo poderoso para aceptarlo, para sentir simpatía por él.

¡Ah, qué confusión! Y, encima, el pobre debía ahora aguantar las burlas de sus compañeros: —Si te hubieras enloquecido por Farrah Fawcett... Pero que se te dé por Robert Redford, pibe... ¡Quién lo hubiera imaginado!

No. Gerardo no pudo soportar más la tensión. Toda la paciencia que había acumulado durante esos largos meses le estalló dentro. En un impulso de rabia le arrebató el álbum a Claudia y trató de partirlo en dos. ¡Vaya! Aquello parecía la guía telefónica y él no era Superman.

Marcela forcejeaba para recuperarlo intacto, cuando Gerardo logró rasgar algunas hojas. Enseguida, arrojó la odiada carpeta al suelo. —¡Al demonio con Robert Redford! —gritó. Y envalentonado por el repentino coraje que le permitía su despecho agregó: —¡A mí me gustaba Marcela! ¡Me acabo de dar cuenta de que no es más que una tonta, siempre suspirando por un hombre de papel! Dirigiéndose a ella recalcó: —Me gustabas, ¿entendiste? Me gus-ta-bas.

La chica se puso a llorar.

Gerardo dejó su portafolios, sus crayones desparramados, el mapa a medio colorear y se fue a su casa.

No nos engañemos: él también tenía ganas de llorar.

Al rato, Claudia, Roberto y Osvaldo se despidieron de Marcela. Con una discreción asombrosa para sus pocos años, no le dijeron ninguna tontería y respetaron su llanto.

Porque ella seguía de rodillas sobre el parquet y lagrimeando en silencio, con el álbum descuajeringado a medio metro de distancia.

Esa noche, mientras pegaba las partes rotas de las fotografías, Marcela advirtió —de pronto— que Gerardo tenía razón: aquellos ojos eran hermosos, sin duda, pero de papel; de papel eran sus miradas y de papel, también de puro papel, toda su presencia. Entonces recordó los cercanos, afectuosos y reales ojos de Gerardo, ésos que sí podían devolverle sus miradas. Y más tarde, cuando se durmió, fueron los ojos de Gerardo los que se abrieron, por primera vez, en sus más dulces sueños.

Ventanas

La primera ventana es un ventanal

La primera ventana de Nicolás se perdía, como la de todos nosotros, en el caleidoscopio de los recuerdos de la cuna.

¡Ah... pero si éstos no pueden llamarse exactamente "recuerdos"!

Sin embargo, Nicolás recordaba, aunque vagamente, que cuando tenía... ¿dos años y medio?... ¿tres?... se empinaba a más no poder, aferrándose de una baranda, e intentaba mirar a través de una enorme ventana. Junto a ella se alineaban su cuna y las de muchos chiquitos. Entonces... un ventanal. Eso es. La primera ventana de Nicolás era un ventanal.

¿Y qué había visto a través de él, las veces en que su mamá lo había alzado cada mediodía, cuando llegaba la hora de la visita? Pues un extendido patio gris y automóviles estacionados.

Aquel ventanal era el de la guardería.

una empresa. Su mamá había trabajado allí como secretaria. Ahora estaba empleada en una agencia de turismo.

Nicolás ya no pasaba ocho horas diarias en una guardería. Iba a la escuela por las mañanas y hacía los deberes durante las tardes, solo en su casa, mientras Dido se acurrucaba a sus pies como si en vez de un robusto cocker fuera una laucha y la gata buscaba su hueco predilecto entre los almohadones del sofá de la sala.

Nicolás tenía ahora doce años. Y recordaba... y pensaba... Mucho. Mucho. Demasiado para un chico de su edad.

Ni siquiera sabía explicarse a sí mismo por qué, pero lo cierto era que, entre sus recuerdos y sus pensamientos, las ventanas ocupaban un sitio de preferencia.

La ventana de la noche

Así denominaba a la de su primer cuarto, la de aquel departamento en el que habían vivido hasta que empezó a ir a la escuela primaria. Entonces se habían mudado a la casa que ahora ocupaban, amplia como para permitir la llegada de Dido (regalo de su cumpleaños número nueve) y, un poco más adelante, la de la gata. Claro que, a ella, sus padres la habían aceptado a regañadientes...

—Pero, Nicolás, ¿no te basta con el perro?

—La encontré en la calle... Va a morirse si nadie la recoge... ¿No puedo quedármela unas semanas?

Esas semanas se estiraron en años. Y Trilca seguía allí, con ellos, habiendo tomado posesión de los lugarcitos más cómodos de toda la casa.

Pero Nicolás recordaba especialmente "la ventana de la noche". Porque eran puras noches las que había visto a través de ella, cuando su mamá lo depositaba dulcemente en su cama, tras la jornada de trabajo en la empresa.

El sol de sus años más chiquititos le había pertenecido, casi por completo, a la primera ventana.

La ventana abracadabra

Ésa era la suya actual, la de su dormitorio en la casa nueva.

Era propiedad exclusiva de Nicolás, aunque solía compartirla con Dido o con Trilca, cuando los tomaba a upa mientras miraba hacia afuera.

¿Y qué veía entonces? Ah, por algo la llamaba "la ventana abracadabra", ¿no? Tal como si estuviera frente a la pantalla de un cine, Nicolás proyectaba en esa ventana todos sus deseos, los más íntimos. Los más suyos. Y era como si en realidad "viese" lo que imaginaba.

La ventana del vértigo

Ésa era, y ella aún continuaba viviendo en el mismo piso diecisiete, la ventana del comedor de la abuela Carmen. Abierta a la avenida céntrica que, desde allí, se veía como la pequeña pista de su "Scalextric", ese juego que lo esperaba cada domingo "para que no te aburras", como le había dicho la abuela al comprárselo.

—¿Quién se aburre con semejante ventana? —pensaba Nicolás, pero le daba vergüenza confesar que le gustaba más que el carísimo "Scalextric". Sentir, por unos instantes, que era un pájaro detenido en lo alto, cuando se asomaba para mirar hacia abajo. Sentir un nudo en el estómago al imaginar que la pared podría desprenderse y arrastrarlo al vacío. Sentir, por fin, el vértigo de la altura, que lo atraía y le daba miedo a la par. Como crecer. Y los techos de los edificios vecinos... tan minúsculos... La calle... una cintita... Las personas... piezas de ajedrez... Los ruidos atemperados... casi fantasmas de sonidos...

Indudablemente, ésa era una ventana que merecía tomarse en cuenta.

La ventana hacia el recreo

Se diría que era común y corriente, si Nicolás miraba a través de ella, desde el patio

de la escuela, su aula vacía. ¿Pero hace falta aclarar que él se sentaba en uno de los bancos ubicados junto a la ventana? ¡Y qué distinto era atravesarla con la vista desde adentro del salón, durante las horas de clase!

Dejaba correr las miradas sobre las mañanas cálidas, nubladas, frías, lluviosas, soleadas... Mientras el pensamiento se le perdía en el aire del patio y a todos sus ensueños le era posible gritarles piedra libre.

También le gustaba encontrar los cristales empañados. Y no sólo por los monigotes que podían cobrar momentánea vida gracias a los dibujos de sus dedos.

El árbol del patio parecía otro entonces, con el brumoso manchón verde de la copa agitándose sobre un tronco borroneado... ¡Y había que adivinar a quiénes pertenecían las siluetas de los que pasaban del otro lado!

Cuando llovía, Nicolás descifraba los mensajes que la lluvia escribía secretamente para él, a golpe y suma de gotita tras gota.

—¡Nicolás! ¡Siempre estás en Babia! ¡Bobaliqueando! ¿Se puede saber qué es lo que ves a través de la ventana? Así lo reprendía la maestra al sorprenderlo distraído.

—¿Cómo explicarle? —pensaba el muchacho, y por un rato se esforzaba en prestar atención a la pizarra. Aunque, muy a menudo, con la mirada "vuelta hacia adentro". Lo que se dice "dejar la cara" y escapar con la

imaginación hacia un mundo más ancho que el rectángulo de la pizarra. Eso hacía Nicolás una y otra vez, para evitar que la maestra cumpliera con la amenaza de cambiarlo de sitio, mandándole sentarse en algún rincón de la pared.

La ventana ni fu ni fa

Ésa era la que se abría sobre un costado de su casa. La única estrecha y sin cortina "porque es casi un tragaluz", había dicho su mamá. Nada que ver con las otras dos de la misma habitación, amplias y distinguidas con impecables cortinas.

Abiertas al frente de la casa, también por su ubicación parecían ostensiblemente "las preferidas".

En cambio... esa tajada de ventana... ¿Qué se veía a través de ella sino el paredón del chalet lindero, alzándose sobre el ligustro?

Y desde que Nicolás recordaba, ese chalet había estado permanentemente "en venta".

—Debe de ser muy caro, o algo siniestro se esconde ahí adentro... —suponía Nicolás.

Y reafirmaba su segunda suposición cada sábado por la mañana, cuando un silencioso viejo entraba y permanecía en el chalet por espacio de unas horas.

Durante ese tiempo, inútil que su madre le repitiera que se trataba del cuidador. Sin embargo, nunca pasaba nada allí al lado...

Finalmente, Nicolás tuvo la certeza de que ningún otro nombre era más adecuado que "NI FU NI FA" para esa ventana sin emociones, que no valía la pena considerar

La ventana de la soledad

A pesar de que era una de las dos "distinguidas" de la sala, hacía bastante que a Nicolás le dolía mirar a través de ella. Cada vez que lo hacía, la imagen de su mamá, sentada en el silloncito de cuero y mirando sin ver hacia la calle, ocupaba su pensamiento.

Y le hacía daño.

Desde que su padre se había ido de la casa, ella se ubicaba allí todas las noches, después de cenar, cuando le aseguraba que sólo sentía cansancio por el trabajo en la agencia y que se fuera a dormir tranquilo.

—Me duele la cabeza, Nicolás. Voy a esperar que me haga efecto la aspirina y luego me acuesto.

Era innegable que ella veía únicamente su tristeza a través de esa ventana. Como si en vez de una ventana fuera un espejo.

La ventana de la pena

Nicolás nunca le había dado importancia hasta aquella madrugada de verano en

que se despertó sobresaltado. Recordaba que luego se había dirigido hacia la cocina, en puntas de pie, para tomar un vaso de agua.

Raro: en el jardincito del fondo había luz.

Entonces los vio a través de ese pequeño cuadrado que se abría por encima de la pileta: sus padres discutían. No podía entender lo que estaba pasando pero debía de ser algo muy grave, porque su padre fumaba nervioso y su mamá lloraba.

Volvió a la cama de inmediato, asustado, y trató de pensar en otra cosa. —La ventana de la pena... —se dijo, de repente, pero siguió tratando de pensar en otra cosa.

Lamentablemente, esa ventana de la cocina acababa de ser correctamente bautizada.

La ventana ni fu ni fa cambia de nombre

¡Ay! ¡Cómo se había equivocado Nicolás! ¿De modo que estaba convencido de que ésa era una ventanita aburrida? Pues, de repente, tuvo que cambiar esa impresión: nunca antes, a través de una ventana (aunque tenía que reconocer que tampoco cara a cara) había visto una personita semejante.

¿De modo que el chalet lindero era aquel en el que "nunca pasaba nada"? ¿Y eso? ¿El encontrarse de pronto, del otro lado del cristal, con la misma maravilla?



Atención, no confundirse. Nicolás no estaba mirando por su ventana abracadabra. Era la NI FU NI FA la que le brindaba esa visión. Cierta. Tan cierta como que esa ventanita se había convertido en un verdadero tragaluz.

Recién ahora notaba cuánta verdad encerraba esa palabra. Porque... ¿qué si no la misma luz era esa niña podando la ligustrina? Acaso fuera el reflejo del sol, pero a Nicolás le parecía que la chica brillaba.

—La ventana luminosa... —se le ocurrió entonces. Y, en un impulso, la abrió, por primera vez desde que vivía en esa casa.

¿Fue el aire tibio de la siesta el que le sonrosó las mejillas cuando ella advirtió su presencia allí, observándola?

Apenas una sonrisa y un: “Hola. Soy tu nueva vecina. Me llamo Clara” le bastaron a Nicolás para sentir que, por fin, había encontrado una amiga.

Corrijo: *su* amiga.

¿Y por qué sentía eso?

¿Qué le interesaba averiguarlo? Lo importante era que lo sentía. Él. Nicolás.

Por Clara.

La ventana de la alegría

Aquella a la que en los últimos tiempos ni siquiera miraba a causa de la otra, tan próxi-

ma, la “de la soledad”. Una de las dos del frente de la sala. Ésa fue para Nicolás “la ventana de la alegría”.

Un sábado, su mamá lo despertó más temprano que de costumbre. Estaba maquillada como para ir a una fiesta. Y a esa hora...

Habitualmente, se ocupaba entonces de encarar la limpieza general de la casa. Raro... Pintada y, también, muy bien vestida...

—¿Vamos a pasear? —le preguntó Nicolás, semidormido.

—Sí. Hoy vamos a pasear. ¡Pero sobre la alegría! ¡Y aquí!

Cuando Nicolás terminó de tomar el desayuno, fue hacia la sala. Allí estaba su mamá, parada en medio de la habitación y mirando hacia la calle. A través de las dos grandes ventanas. Ésas, “las distinguidas”.

Había corrido las cortinas. El solcito de las nueve de la mañana se colaba hasta brincar tímidamente sobre el lomo de Trilca, acurrucada en el revistero y ajena a todo.

Ajena, por ejemplo, a los ojos de la mamá: únicamente Nicolás se daba cuenta de que ahora volvían a ver “mirando”.

—Está esperando a alguien... —pensó; y ya iba a preguntarle a quién cuando, a través de una de las ventanas que le dolían, vio aparecer a su papá. Cruzaba el jardín de la entrada cargando dos valijas y un bolso.

Antes de que transcurrieran tres segun-

dos, su mamá le abría la puerta y lo recibía con un largo abrazo largo.

Dido saltaba, reclamando una caricia del ausente.

Trilca maulló como si acabara de entender, igual que Nicolás, que aquello era una reconciliación.

La ventana luminosa

No fue de inmediato que Nicolás abandonó su modo de contemplar a Clara a través de aquella ventana. Le costó decidirse a hablarle. Pero lo hizo otra siesta, alguna después de la vez en que había descubierto a la chica, porque la ligustrina ya estaba perfectamente parejita y ella no volvía por ese sector de la casa.

¿Por dónde andaría en ese momento?

Era domingo. En el chalet lindero estaban preparando un asado.

Había oído el arribo de algunos automóviles y escuchado voces de bienvenida. De seguro que aquél sería un almuerzo de inauguración de la nueva vivienda.

¿Y Clara?

No fue hacia una ventana hacia donde se dirigió entonces Nicolás.

Inventando un pretexto cualquiera para sus padres, tomó la escalera del galpón y subió al techo. Desde allí era posible observar

el jardín del fondo de la casa de al lado. Gente en la pileta, en las mecedoras, alrededor del asador...

Entonces la vio. Clara ayudaba a poner las mesitas del quincho.

En uno de sus ires y venires detectó la presencia de Nicolás, que la saludaba desde el techo.

Su risa cristalina, luego su sonrisa y enseguida: —¡Hola! ¿No te gustaría venir a mi casa? ¿A comer con nosotros?

—¿Yo...? Este... ¡Ya voy! —Y Nicolás bajó apresurado para avisarles a sus padres.

Al momento, ellos lo vieron alejarse rumbo a la casa de al lado y se miraron divertidos, con una mirada cómplice.

—Nicolás está creciendo... —dijo el papá. El muchacho ya no le oía: parado frente a la puerta del chalet vecino, se disponía a llamar a la puerta.

Entonces, por primera vez, sintió, extrañado, que empezaba a interesarse por las puertas. Y cuando Clara abrió ésa de su casa, para recibirlo, descubrió, de golpe, que eran la más hermosa vía para acercarse a los demás.

Sí. Tal como había dicho el padre un ratito antes: Nicolás estaba creciendo.

Pequeña ola



—¿Qué tiene que hacer un viejo como yo dentro de un libro de chicos enamorados? Ésta es la pregunta que me repetí una y otra vez, antes de decidirme a contarte mi historia.

No, no se trata del relato de todos mis sucesos, de la cadena de anécdotas que podría narrarte de acuerdo con los tantos años que he vivido...

“Mi” historia es breve. Le bastarán apenas unas páginas para desarrollarse por escrito.

Ahora comprendo que fue lo más hermoso que me pasó y acaso por ella, sólo por ella, mi vida adquirió su verdadero sentido.

Yo acababa de cumplir diez años aquel verano.

Mi casa se alzaba frente al mar, una cabaña de pescadores en la que el tiempo se deslizaba con tanta calidez como simpleza.

Mis abuelos, mis tíos, mis padres, mis pri-

mos, mi hermana y yo (el más chico de todos) compartíamos trabajo y sueños a la par. Día tras día exactamente iguales. Una rutina dulzona que se interrumpía, de tanto en tanto, por la visita de la familia más cercana, pescadora como la nuestra, y con quien solíamos pasar algunas noches festejando la alegría de estar juntos.

Y a esa familia pertenecía Malva, una muchachita escuálida a la que me unía un sentimiento también escuálido: ¡estábamos condenados a ser amigos! No había otros chicos de nuestra edad en kilómetros a la redonda.

Ah... Encontrarnos era empezar a pelear por cualquier motivo. Y eso que nos habíamos criado juntos, que los fines de semana los pasábamos a dúo, jugando en la playa invierno y verano...

Pero no había vuelta que darle: éramos como perro y gato.

Sin embargo, nuestros padres hacían sus planes: —Dentro de unos años vamos a ser parientes... El Grillo se va a casar con Malvita.

¿Hace falta que te aclare que "el Grillo" era yo y el porqué de la maldita gracia que me hacían esos comentarios?

No porque Malva fuera mala o fea, nada de eso. Pero me molestaba que fuera tan práctica, que continuamente me preguntara, por ejemplo: —¿Y eso para qué te sirve?

— cuando yo recogía caracoles, los restos de algún cangrejo, piedras o trozos de vidrio como si fueran tesoros... O que se burlara de mi gusto de canturrear por lo bajo, durante las prolongadas caminatas, mientras ella insistía en charlar, charlar y charlar.

—¡Con razón te pusieron Grillo como sobrenombre! —me decía entonces, con cara de "aquí va a desatarse una tormenta". O: —¡Ufa! ¿Se puede saber qué es lo que les ves de nuevo a las olas? ¿No te harta mirarlas?

—¿Se puede oír con los ojos?

—Ya sé: dirás que no. Pero es preciso que supongas que eso fue posible pues justamente allí, en las melodías que yo podía oír al mismo tiempo que contemplaba las olas, tiene su principio *mi* historia, ésa de la que te hablé al principio.

Las olas. Partiéndose en la orilla para, de inmediato, rearmarse y volver enteras mar adentro.

Para mí, eran siempre las mismas. Las esperaba. Por eso no me cansaba mirarlas, con el corazón caliente y la misma confianza que se siente cuando uno se reencuentra con viejas amistades.

Hasta creía distinguirlos:
—Ésa es la que apareció ayer al mediodía. La reconozco por el canto... Suena a caja de música...

—Aquella, hace varios días que no visita-

ba las orillas. Se le nota por las ganas que tiene de desparramarse sobre la arena. Se diría que chillaba de contenta... Extrañaba la playa...

—Esa otra...

¿Y esa otra?

Pequeña ola recién descubierta, todavía no se anima a acercarse hasta mis pies... Pero... ¡qué dulce es su canto!

Pequeña ola. Pequeña ola que una tarde te animaste y me esperaste (ya no tengo dudas: eras tú) bajo la apariencia de una niña.

Pelilarga y pelilacia, con el cabello obviamente húmedo y encrespado. Delgadita y blanca; piel de espuma y pies descalzos. Ojos... ¿Ojos? Tuve que esperar a que te despertaras, para marearme con tanto verde, porque dormías cuando te encontré.

Dormías, pequeña ola. Dormías; misteriosamente a flote sobre las aguas.

Dormías, Mar y Ola y cantabas tu sueño, porque yo lo oí.

Decías que eras *mi* ola porque yo te había elegido entre todas y que tenías los ojos de agua y que te amaría por eso y que después... que después...

Después, el rugido del mar tapó tu canto y ya sólo pude mirarte.

Dormías, Mar y Ola. Dormías.

Pero yo estaba despierto.

Atardecía.

—¡Esa chica está desmayada! —De pronto reaccioné y me lancé al agua. En unos instantes estuve junto a ella.

Abrió los ojos y se incorporó. Apenas si me llegaba al hombro.

La tomé de la mano y, casi a la rastra, la saqué del mar.

—¿Estás loca? ¿Qué es eso de hacer “la plancha” a estas horas? Me asustaste —le rezongué cuando pisamos la orilla. Ella echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas.

—¡Si soy una ola! ¿No te diste cuenta?

—No bromees. Vamos —y eché a andar—. Voy a acompañarte hasta tu casa. ¿Dónde queda?

Volvió a reírse, mientras permanecía parada en el mismo sitio. Me volví y la contemplé sacudiéndose el pelo. No daba señales de moverse de allí.

—Yo vivo en el mar y desde este momento soy tu ola. Necesito que me pongas un nombre.

Aunque no lo creía en absoluto, sus disparates me divertían. Decidí seguirle el juego.

—Está bien. De modo que no eres una niña. Una ola. Y nada menos que la mía, ¿eh?

—Así es. ¿Cómo vas a llamarme?

—Mar... Mar... Mar y ola... ¡Ya está! ¡Mariola! ¿Te gusta?

Extendió los brazos, dejó caer la cabeza hacia atrás y gritó su nombre tres veces, antes de preguntarme el mío.

—¡Me dicen Grillo!

—¡Grillo! ¡Grillo! —La voz de Malva, afiándose desde las dunas, interrumpió mi diálogo con aquella niña tan rara. Enseguida, Malva estuvo a mi lado. Llegó agitada por la carrera y se desplomó de rodillas sobre la arena, con la lengua afuera.

—Hola. ¿Qué hacías? ¿Ahora se te da por hablar solo? —me dijo.

¡Con qué ganas le hubiera dado un tirón de orejas! Pero tuve que reprimirme: en cuanto quise presentarle a mi nueva amiga, ella había desaparecido como por encanto.

Malva me juró que no la había visto.

Confundido como estaba, consideré oportuno no contarle lo ocurrido y volví a mi casa con ella, donde nos esperaban para comer.

—¿Qué te pasa? —me preguntaron mil veces durante la cena.

—Nada —respondía—. Nada.

¿Qué decirles? ¿Que me pasaba *todo* porque pensaba en una ola?

Aquel extraño encuentro y la no menos extraña desaparición me habían dejado aturcido. Algo empezaba a tironear desde lo más adentro de mí.

Si en ese entonces hubiese sido más grande, hubiera podido advertir que eran aque-

llos ojos de agua los que se habían hundido en mi alma. Me hubiera dado cuenta de que me había enamorado. Por primera vez.

—Esa chica... Debe de haber disparado en cuanto me di vuelta para recibir a Malva. ¿Dónde vivirá?

Y, desde ese momento, ya no deseé otra cosa que volver a verla.

—Yo no miento —me dijo Mariola cuando, a la tarde siguiente, salió a mi encuentro abriéndose camino desde el mar—. Soy tu ola. Y seré tu amiga mientras no dudes de mí. De lo contrario, no me verás más. Todas las olas volverán a parecerte iguales y ya no podrás distinguirme.

Con tal de no perderla, al principio fingí creerle. Pero pronto me conmovió la certeza de que era realmente una ola.

De tarde en tarde, nos encontrábamos en la playa, lejos de mi casa. Su presencia comenzó a hacerme tan necesaria como respirar.

Hermosa. Mariola era hermosa. Y doblemente, porque actuaba como si no lo supiese. (Y acaso no tenía la menor idea de lo linda que era...)

—¡Puaf! ¡Qué ojos aguados! ¡Cómo me gustaría que fueran castaños, como los tuyos! —me dijo una tarde, a la par que se contemplaba en el espejito que yo acababa de regalarle.

Con ella aprendí las tonadas más dulces, me enseñó el valor de cada instante que se comparte con quien se ama y sentí la belleza de los silencios entre dos.

Jamás me preguntaba nada. Parecía saberlo todo de mí, adivinarme los pensamientos con sólo mirarme.

Y debía de ser así no más, porque una tarde me dio un beso ligerito, justo cuando la vergüenza que tenía no me hubiera permitido nunca dárselo yo.

El roce de sus labios saló los míos, y como un tonto, me quedé frente a ella parado como una estaca y sin saber qué hacer.

Su abrazo mojado me envolvió un segundo. Enseguida, me tomó de la mano y ambos nos zambullimos en el mar.

El verano reventaba sobre nuestras cabezas.

—¿Así que es una ola? No me digas. ¡Qué interesante! Y vive en el mar, claro. ¿Son novios?

Malva ardía de celos, a pesar de que no me creyó una palabra cuando le revelé mi secreto.

Necesitaba contárselo a alguien. ¿Y a quién si no a ella? ¿Qué sabía yo de los celos entonces?

Contárselo fue fatal. Ya no perdió oportu-

nidad para burlarse ni para hacer crecer la duda dentro de mí.

—Le regalaste el viejo sillón de mimbre... Ajá. ¿Y un espejo? ¿Y para qué le sirven si vive en el agua?

—¡Ella no pregunta para qué *sirve* cada cosa! ¡Las toma feliz y sin preguntas! ¡Y si no se queda aquí todo el día es porque no puede estar demasiado tiempo fuera del mar! ¡Es una ola!

“Que te baste saber que te quiero y que todos los días saldré especialmente para verte”, me había dicho Mariola la tarde anterior antes de internarse en las aguas. No me sigas.

—Claro. ¡Qué viva!, siguiéndola descubrirías que es una mentirosa. ¿Quién se traga ese cuento de que es una ola? Seguro que nada hacia allá y sale lo más pancha cuando ya no la ves. Te toma el pelo, bobo. Se hace la misteriosa y así se llena de regalos. Si tu mamá se entera de que le diste los almohadones, te mata. ¿Y para qué le sirven si vive en el mar? ¿Para empaparlos?

Ah... eran para ella. ¡Por eso te pasaste enhebrando collares de caracoles todo el domingo!

¡Oh, qué romántico! De modo que yo no puedo verla, que solamente aparece para tus ojos... Buah. Ésa tiene miedo de que yo le descubra el pastel, por eso se escapa cada vez que intento sorprenderlos.

Grillo, estuve pensando en que todo pue-

de ser un invento tuyo. Para impresionarme. Siempre te gustó fantasear. Y te vuelven loco los cuentos de hadas... Malva me agujoneaba continuamente. Comprendí que había sido un error confiarle mi secreto, pero ya era tarde para corregirlo. Tenía que aguantar sus burlas o demostrarle que todo lo que había contado era la pura verdad.

Sin embargo, yo no me engañaba: algo me decía que también empezaba a dudar y que, más que demostrarle nada a Malva, era por mí que necesitaba comprobar si Mariola no me había mentido.

Una tarde me decidí. Y cada vez que lo recuerdo, el corazón se me vuelve a encoger como entonces.

Dudé de mi ola y me interné en el mar detrás de ella.

No me vio. Jamás se daba vuelta para controlar si la seguía o no. Ella no dudaba de mí.

Fue en un remolino, mar adentro, cuando se hundió en las aguas.

Me sumergí tras ella. El aire con el que llené mis pulmones me alcanzó exactamente para ver lo que no debería haber visto: rodeada por sus hermanas, niñas-olas como ella, la mía se trenzaba los cabellos frente al espejito que una mano transparente le sostenía. A su alrededor, flotaban los almohadones, el viejo sillón de mimbre y los collares

que yo le había regalado, levemente mecidos por el vaivén de las aguas y deslizándose entre algas, como fantasmas de aquella fantástica habitación flotante.

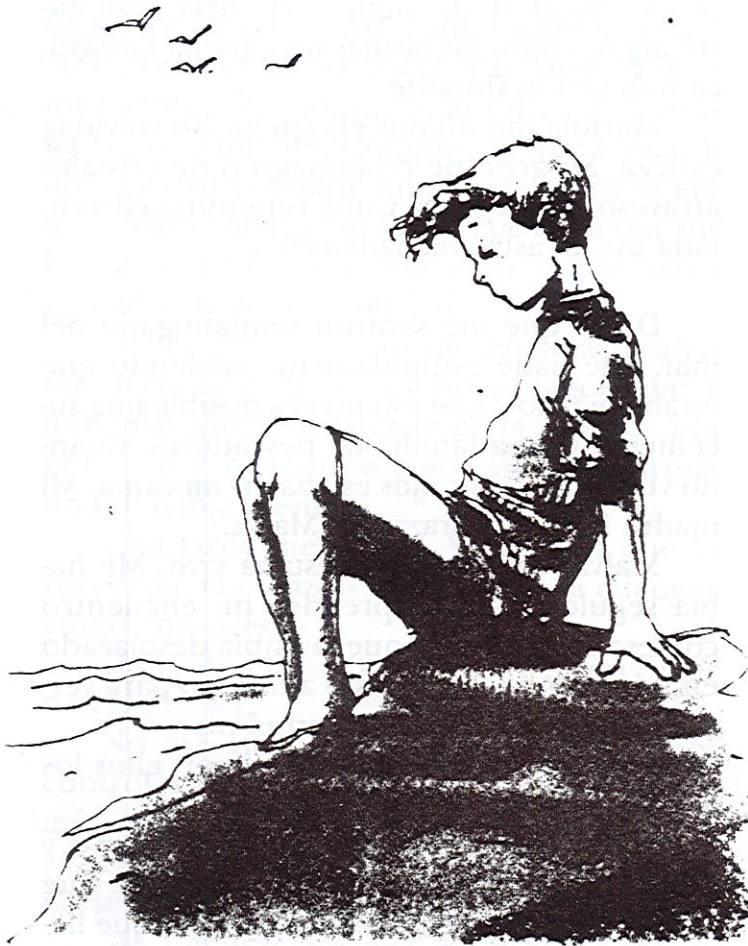
Mariola me vio por el espejo. No volvió la cabeza. Su grito de relámpago o de cristales atravesó mi garganta y una repentina correntada me arrastró hacia la orilla.

Dicen que me sacaron semiahogado del mar, que nadé estúpidamente sabiendo que estaba picado y que eso no era posible que sucediera en una familia de pescadores. Cuando volví a abrir los ojos estaba en mi cama. Mi madre lloraba, abrazada a Malva.

Malva. Gracias a ella estaba vivo. Me había seguido para sorprender mi encuentro con esa amiga por la que la había desplazado en mis juegos y llegó justo a tiempo para verme cuando me internaba en el mar.

Alertó a sus hermanos y fueron ellos los que me rescataron.

Malva. Niña concreta, niña de carne y huesos, niña preguntona, querida niña que aún hoy, después de los muchos años que llevamos de casados, me sigue diciendo: —¿Y eso para qué te sirve? —cuando yo recojo caracoles, los restos de algún cangrejo, piedras o trozos de vidrio como si fueran tesoros... —A tu edad, Grillo...— y yo le acaricio la melena grisada y su ternura se me desovilla en el



pecho como cuando éramos jóvenes.

Seguimos viviendo frente al mar.

Las olas van y vienen, pero ya sólo escucho el rugido de todas juntas. Me parecen iguales. Ninguna es *mi* ola. La mía desapareció con mi infancia y todo lo suyo se fue con ella. Desde entonces, sé que la duda ante la maravilla es casi un pecado. Mi ola...

Era tan hermosa y el verano se quebraba con tal fuerza, que desconfiar de sus palabras fue desleal.

Quise contarte esta historia para que sepas que, acaso, existe una, entre todas las olas, que te pertenece solamente a ti. Por eso, si la reconoces y te abre al prodigio de decirte que te quiere, que te baste saberlo.

No la sigas empujado por la duda. Su mundo es de las aguas.

Sin embargo, vendrá a tu encuentro, para concederte el claro privilegio de su compañía, mientras creas en ella.

A vuelo de pájaro

I. Lo que hago

Acabo de lavarme la cabeza. Salgo al balcón de mi casa para secarme el pelo. El sol de la mañana se me queda pegado. Por eso, siempre aclaro que soy una rubia "asoleada".

Me regalaron un secador eléctrico para mi último cumpleaños. No lo uso. Prefiero el viento. Y el sol de la mañana, claro.

Casi me desarticulo en mi silla de mimbre y respiro la ciudad, que llega en polvo y humo hasta el séptimo piso en donde vivo. A mi alrededor y desde sus macetas, las plantas me dan su verde saludo y me ayudan a no olvidar el olor de los campos.

II. Lo que veo

Gorriones bochincheros disputándose vaya a saberse qué: ¿migas en el asfalto?. ¿lombrices en las veredas?. ¿brotes nuevos en los espacios vacíos que dejaron los obreros de la mu-

nicipalidad, después de hachar los últimos árboles de esta calle céntrica?

No sé cómo tantos pajaritos gorjean aún en la ciudad...

Mi pelo ya está casi seco. Me lo voy a cepillar una vez más y volveré adentro.

III. Sorpresa

Oia... Ése que se paró sobre la baranda del balcón no es un gorrión... ¡Un jilguero! Me acerco en puntitas de pies para verlo de cerca, pero él se asusta y se vuela. Ahora es una manchita oscura deshilachándose entre las antenas de televisión del edificio de enfrente.

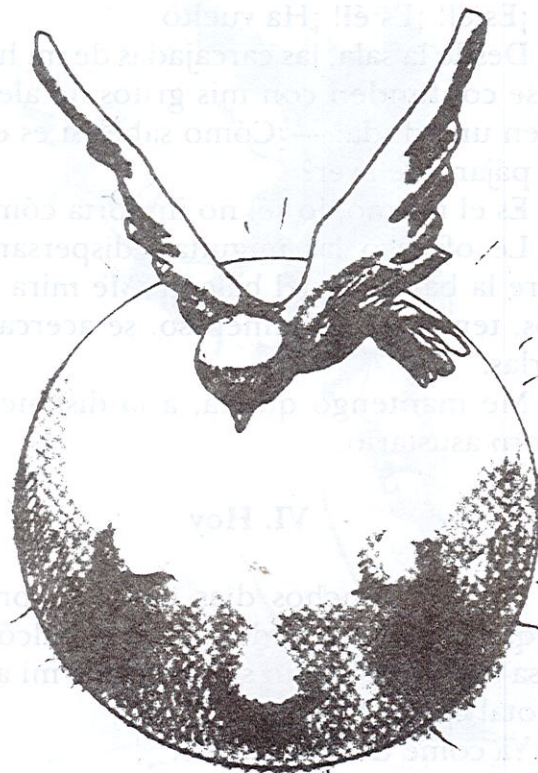
Ya se fue... Siento como si también se hubieran volado mis ganas de sol...

Vuelvo a mi habitación y pienso en el jilguero. Me pregunto si el jilguero pensará en mí... Acaso mañana...

IV. Ya es mañana

Salgo al balcón, y no solamente para regar mis plantas. Sé que es una tontería, pero espero al jilguero. Mi mano le reserva miguitas de pan. Mis ojos hacen equilibrio sobre las cornisas, resbalan por los retacitos de cielo que se enganchan en las antenas.

¿Por dónde veré aparecer la manchita oscura? ¿Volverá?



COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

V. Segunda sorpresa

¡Es él! ¡Es él! ¡Ha vuelto!

Desde la sala, las carcajadas de mi hermano se confunden con mis gritos de alegría y abren una duda: —¿Cómo saber si es el mismo pájaro de ayer?

Es el mismo, lo sé, no importa cómo.

Le ofrezco las miguitas, dispersándolas sobre la baranda del balcón. Me mira desde lejos, temeroso, y, temeroso, se acerca a comerlas.

Me mantengo quieta, a la distancia, no quiero asustarlo.

VI. Hoy

Pasaron muchos días desde la primera vez que el jilguero se detuvo en el balcón. Regresa siempre. Siento su entrega a mi afecto, su total confianza.

Ya come de mis manos.

Me bastaría cerrar los dedos en torno a su cuerpecito y podría ponerlo en una jaula. Pero mis manos no desean ser su jaula. Mi corazón tampoco.

Mirándolo, toco su plumaje. Mirándolo, su hermosura. Y es mío porque lo quiero. Todo lo que amamos nos pertenece y somos de quienes nos aman...

Así de fácil es querer cuando se quiere de veras...



VII. Final

Esta historia no se la cuento a la gente grande. No la creerían. O tal vez me aconsejaran comprar una jaula... Los mayores necesitan sentirse dueños... dueños... Y no entenderían que mi jilguero y yo sólo necesitamos el aire libre para tenerlo todo.

Y no entenderían que él vuelve a mí cuando lo desea y porque lo desea: desde su libertad.

Porque también es mi libertad la que lo espera.

Como a Joaquín.

Mi más querido amigo.



Nomeolvides

En la celeste pequeñez de sus pétalos, la flor que conocemos como "nomeolvides" guarda el recuerdo de una tan bella como triste historia de amor y debe su nombre a esa historia.

Sucedió, hace mucho, en alguna región de Alemania, muy probablemente en el sur. No me ha sido posible ubicar con exactitud el lugar ni el año donde y cuando se desarrollaron los acontecimientos que voy a contar-te.

De todos modos, no importa, ya que para reconstruirlos tal cual ocurrieron me basta:

— imaginar dos chicos enamorados...

— abrir un viejo cuaderno de tapas blancas... (el mismo que en la ciudad de Munich quiso ir a parar a mis manos, desde las de un librero anticuario) —y elegir un río en el mapa alemán... (me decido por el Isar).

—Imagino dos chicos en amorados...

Ella: Silke; él, Erwin; los dos asisten a uno de los últimos grados de la escuela elemental y, como buenos alumnos que son, se sientan en los bancos del fondo del aula.¹ Silke un poco más atrás, invariablemente. (Es que Erwin no se lleva muy bien que digamos con las tablas de multiplicar...)

Sus compañeros se intercambian miradas picaronas cada vez que los ven alejarse juntos, a la salida de las clases. Pero a Erwin y a Silke no parece afectarlos. Es más, ni siquiera lo advierten, entretenidos en sus charlas cuando abandonan el aula. Luego, recorren las cuadras que los conducen desde la escuela a sus hogares, cada uno en su bicicleta.

Se despiden frente a la relojería de la calle Wiesen. En esa esquina, Silke dedica a su amigo la última sonrisa del día y éste le devuelve un guiño. Eso, cuando no están enojados por alguna tontería...

¡Y continuamente los se para alguna tontería!

En ese caso, uno gira velozmente hacia la izquierda y la otra dobla hacia la derecha, cada cual rumbo a su casa y como de costumbre, pero sin mirarse.

¹ En Alemania se solía ubicar en los primeros bancos a aquellos alumnos que exigieran más dedicación por parte del maestro y en los últimos a los que no presentaran dificultades en el aprendizaje.

Sin embargo, las peleas entre ambos no duran demasiado. Erwin sabe qué hacer para que los labios apretados de su amiga se estiren en una nueva sonrisa: se las ingenia para encontrar alguna hierba, hoja o flor que Silke no haya conseguido aún para aumentar su colección, ésa que reúne en las páginas de un cuaderno de tapas blancas.

A ella le apasionan las plantas. Asegura que, cuando crezca, será la mejor jardinera de toda Europa.

Entretanto, riega las macetas que se alinean en cada ventana de su casa y colecciona cuanto hoja o flor encuentra, colocándolas con delicadeza en las páginas de su herbario.

Claro que, para ella, las que le regala Erwin son las más preciadas.

Mira si no: debajo de todas anota el nombre de la especie, con su letra delgada y derecha, pero siempre escribe varios renglones al pie de las que le obsequia su amigo, o las distingue con breves rimas de su propia creación.

Es una joyita el herbario de Silke. Y ahora vas a saber por qué.

Abro el cuaderno de tapas blancas...

“HERBARIO DE SILKE” y, más abajo, “FELIZ NAVIDAD”, se lee en la primera página. Son las únicas palabras escritas con le-

tra gótica² y no son obra de la mano de una niña. Seguramente las dibujó el papá o la mamá. Ese tipo de caligrafía debe de costarle todavía un poco a Silke.

Desde la segunda página en adelante, pequeños ramitos u hojas solitarias, manojillos de flores chiquititas o grandes ejemplares únicos, se suceden a lo largo de casi todo el cuaderno. Están prolijamente dispuestos debajo de rectángulos de papel celofán, frágiles vitrinas que evitan el deterioro.

Seca, inmóvil como una mariposa de ilustración, cada muestra exhibe forma, textura, pétalos o nervaduras con toda claridad. A Silke le encanta pasar levemente su dedo índice sobre cada una de ellas, mientras echa a andar su imaginación por los caminitos que le señalan esta suerte de pequeños mapas vegetales... Por eso, escribe, por ejemplo...

Margarita

—Tiene la cabeza rubia y usa cintas blancas como una chica que yo conozco... —me dijo Erwin al regalarme esta flor. La había cortado un ratito antes de llegar a clase. Aún temblaban sobre sus pétalos las gotas de rocío.

La sacudí porque me parecieron lágrimas y no quiero que mis flores estén tristes.

² Letra gótica: letra de forma rectilínea y angulosa que se usaba antiguamente, en Alemania en especial.

La puse en el vaso de mi mesa de luz. Me alegró el cuarto durante todo el fin de semana.

Hojas de roble

Erwin las recolectó para mí durante la mañana del domingo pasado, cuando fue al bosque con Peter y Fritz a buscar leña para el maestro.

Me dijo que lo hicieron porque el maestro tiene lumbago... (A mí me parece que esperan que así les suba las notas de matemáticas. ¡Ja!)

Amapola

¡Hola, hola, hola,
señora amapola!

Aquí ya no estará sola.

Dos amigos tiene ahora.

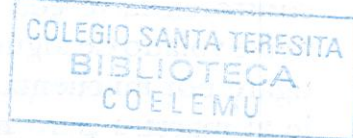
Adivine, mi señora.

¿Adivina?

¡Adivinó!

Somos —en rima—

Erwin y yo.



Ramita del árbol de Navidad de Erwin

Junto con una pulsera hecha por él con agujas de pino, Erwin me trajo ayer esta ramita. La adorné con estrellas recortadas del papel de los regalos. Es como si pudiera guar-

darme para siempre un retacito de la hermosa Navidad que pasamos.

Tulipán

¡Talán, talán, talán!
Ya tengo un tulipán.
Mi amigo asegura
que roza el oído,
campanita roja,
tu dulce tañido.
¡Talán, talán, talán!
Ya tengo un tulipán.

Hoja no identificada

Por más que buscamos en el manual de botánica de la escuela, no pudimos averiguar a qué árbol pertenece esta hoja. Erwin la encontró en la vereda de su casa. Debe de haberse volado de algún jardín vecino. Ya investigaré por mi cuenta. Erwin quiso preguntarle al maestro pero me opuse: ¿qué clase de experta en plantas sería yo entonces?

Entretanto, la llamo "la misteriosa".

Rosa

Esta rosa de pétalos marchitos...
Esta rosa flotaba en un charquito...
Mi buen Erwin la salvó

del olvido.
Que nos una a él y yo,
hoy le pido.

Helecho

Una arañita se paseaba lo más campante.
—Esta inquilina también es tuya —me dijo Erwin—. Vas a tener que buscarle otra casa antes de guardar el helecho en tu cuaderno.
Pues sí, señores, la arañita vive ahora en una de mis macetas. Y sigue paseándose lo más campante. Ni se dio cuenta de la mudanza.

Tréboles

Son de tres. La cuarta hojita que tiene cada uno se las agregué yo con mis acuarelas. El pobre Erwin no quedó demasiado conforme cuando le mostré mi trabajo. Sé que le hubiera encantado regalarme tréboles de cuatro hojas.

—¿No podías haber esperado? ¿Te crees que no los voy a encontrar? —me preguntó.

—Mientras espero, me los invento —le contesté.

Tal cual te dije antes, Silke muestra su preferencia por las hojas y flores que le regala Erwin. A las que ella misma ha recogido, sólo las nombra.

Así, se van intercalando y sumando "vio-



letas de los Alpes"... "hojas de muérdago"... "hierba no identificada"... "brezos"... "clavel"... "anémoma"... "azahares"... "campanillas"... "pensamientos"...

La colección se interrumpe, de repente, cuando aún quedan por usar muchas páginas del herbario. Como a las anteriores, el paso del tiempo las ha amarilleado pero éstas, acaso por lo desiertas, parecen más melancólicas...

Hay que llegar al final del cuaderno para encontrar nuevamente flores. Es un manojito de nomeolvides. Silke lo anuncia inmediatamente debajo, antes de escribir las líneas con que concluye el herbario.

Después volveremos a esta última página. Ahora cierro el cuaderno y te pido que prepares tu corazón para escuchar el desdichado final de esta historia.

Sí. Termina mal. Ya te advertí al principio que es tan bella como triste... Es cierto, podría inventar un final feliz, pero eso sería mentirte, porque la vida también trae penas gigantescas.

Voy a contarte, entonces, lo que sucedió mientras el cuaderno quedó olvidado. Para ello...

**Elijo un río en el mapa alemán
(me decido por el Isar)**

A caminar junto a sus orillas van Silke y Erwin. Es día de excursión. Pero no van solos, por supuesto; son demasiados niños todavía... Herr³ Berger, su maestro, y todos los compañeros marchan con ellos.

Erwin y Silke pronto se las arreglan para quedar un poquito rezagados.

¡Qué delicioso es escapar por unos minutos de la vigilancia del maestro, sacarse los zapatos y retozar descalzos sobre la hierba!

—¡Si nos viera Herr Berger! ¡Los dos a los primeros bancos, como penitencia, durante una semana!

Pero Herr Berger no los ve, seguro como está de que ninguno de sus alumnos se atreverá a desobedecer su orden de no apartarse del grupo.

Aunque... ¿es que Erwin y Silke están en realidad desobedeciendo?

No, son chicos, simplemente; chicos distraídos por el sol; chicos embriagados por el aire libre de esa mañana; chicos enamorados que juegan a ver quién de los dos encuentra primero una flor para el herbario...

—¡Te gané, Erwin! —exclama de pronto Silke— ¡Floritas celestes!

—¿Dónde?

³ Herr significa "señor" en idioma alemán.

—¡Allá, en la ribera! ¡Más adelante!

—¡Voy a cortarte un ramito!

Y disparando sale el muchacho, hacia el sitio que le indica su amiga.

—¡No, Erwin! ¡Es peligroso! ¡No te acerques al borde! ¡Me basta con mirarlas desde aquí!

Sordo a su pedido, Erwin va hacia la orilla del río hasta que Silke no distingue más que su luminosa cabeza rubia.

Corre ella detrás. Casi lo alcanza en el momento en que él arranca un ramillete. Entonces, la pena gigantesca: Erwin da un traspie y resbala al agua.

Logra arrojarle el manojito a su amiga, mientras el mismo grito desgarrar su garganta y el corazón de la niña: —¡No me olvidéis!⁴

Se lo lleva la corriente.

Son inútiles los desesperados intentos de salvarlo que hace el maestro.

No me olvidéis...

A los pies de Silke, dispersas aquí y allá y sin saberlo, un montón de floritas silvestres acaban de recibir su nombre.

¿Volvemos a abrir el cuaderno?

Su última página.

Debajo del ramito seco se lee:

—Ya pasaron tres meses sin Erwin.

Ayer a la mañana, mamá me llevó a visitar su sepultura por primera vez.

En cuanto me dijo que ya podía empezar a levantarme, le rogué que me permitiera ir al cementerio.

⁴ No me olvidéis: "Vergiss' mein nicht", en idioma alemán.

Al principio se negó. Tuve que insistir mucho para obtener su sí.

Aunque mis piernas no están aún lo suficientemente firmes y me parecía andar sobre algodones, me siento bastante mejor de salud, casi repuesta.

Por eso, no entiendo por qué, en cuanto volvimos a casa, mamá me ordenó que regresara al lecho. Dice que todavía no estoy curada, que la debilidad me hace ver cosas inexistentes. Telefoné de inmediato al Doctor Helbig, quien me revisó anoche y volvió a visitarme esta mañana. Se acaba de ir. Luego de cuchichear con mamá en la sala, me recomendó más reposo y reforzó la dosis de los medicamentos.

Sin embargo, yo sé que no fueron visiones...

¡Cómo se recorta entre el verde de alrededor!

Porque la hierba que crece sobre el lugar donde descansa mi queridísimo amigo es celeste. Celeste.

Como estas florcitas silvestres que bauticé "nomeolvides".

Se mira y no se toca

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COELEMU

Era el décimo cumpleaños de Susi. Un amarillo domingo de diciembre.

A pesar de la hora temprana, el aire parecía tan espeso que Susi fue hacia el patio de su casa agitando los brazos, como si necesitara abrir camino. Su mamá lavaba la ropa en la pileta, viendo en pompas de jabón todos sus sueños. En la soga, ya goteaban los pañales de Luis y las medias de Iván, los hermanos menores de Susi, las camisetas de Darío, un año más grande que ella, y el mame-luco de Aníbal, el hermano mayor, quien va había empezado a trabajar en un taller mecánico a pesar de sus trece años.

Susi pasó entre la ropa tendida, recibiendo sus leves caricias mojadas. Después, acercándosele de puntillas, sobresaltó a su mamá al tirarle de un pliegue del batón. La señora se volvió de inmediato: —¡Ah, nena!... ¡Feliz cumpleaños, querida! —y tras secarse las manos en el delantal, la estrechó con ternura. En un momento, Darío y Aníbal, aparecidos



como por encanto, estaban a su lado apretándole las orejas.

Disimulando las nubecitas de tristeza que le cruzaban los ojos, la mamá dijo: —Te debemos un regalo, nena... Las cosas no marchan del todo bien y no nos fue posible comprarte nada.

—¡Cuando yo cobre mi primer sueldo te voy a traer ese jueguito de té que tanto te gusta! —exclamó Aníbal, mientras regresaba a la cocina a terminar el desayuno. A pesar de la noticia y aunque muy secretamente había esperado recibir ese juego de té como regalo de cumpleaños, Susi se sentía casi feliz. Y digo “casi” porque aún le faltaban las felicitaciones de Gabriel, de “Gabo”, sobrenombre de ese muchacho pelirrojo y huesudo como pocos, que únicamente a Susi le gustaba. Aunque... ¿sólo le gustaba?

No. Lo cierto es que lo quería, y mucho, aunque ese cariño lo mantuviera tan en secreto como todos esos días había esperado recibir el juego de té. Tan en secreto. “Ni Gabo se da cuenta...”, pensó Susi y, después de desayunar, buscó un pretexto para ir a verlo: —Mami, voy a llevar a inflar la bici.

—¿Otra vez? Si ayer la llevaste...

—Tiene una rueda en llanta, ¿ves?

Pero la mamá no vio, atareada como estaba con el lavado de la ropa, y Susi salió de la casa arrastrando la destartalada bicicleta.

La noche anterior le había desinflado, intencionalmente, la goma de atrás.

Gabriel también usaba mameluco, igual que Aníbal y, como Aníbal, ya trabajaba para ayudar a sus padres. En la bicicletería de la esquina.

Sábados y domingos eran los días de más trabajo. Los demás chicos, "los otros", como decía Gabriel, aprovechaban los feriados escolares para pedalear a gusto en la plaza cercana. Siempre había algo que hacer entonces.

Inflar, lo más común, eso que lo hacía sentir orgulloso, aunque era tan fácil, porque Susi se lo pedía como un favor todos los sábados y domingos.

—¿Estará pinchada la cámara de atrás? Debería revisarla un día de éstos... No es posible que se desinflen a cada rato... —pensaba Gabriel, mientras cinchaba sobre el inflador conectado a la bicicleta de su amiga—. Si por lo menos tuviera un desperfecto más complicado...

Porque él sabía también arreglar frenos, reparar úmbres, emparchar cámaras, aceitar piñones y reubicar cadenas. Ésas sí que eran tareas con las que podría acaso "impresionarla", demostrarle que era tan capaz como un muchacho grande y, tal vez, lograr de ese modo que ella le prestara un poco más de atención.

—Si no fuera por ese problema de la rue-

da, apenas si la vería... —pensaba Gabriel, ignorando que ella la desinflaba a propósito—. Mejor no se la reviso, así tiene que volver...

Claro que ese domingo casi prefería que no se apareciera por allí. —Hoy es su cumpleaños... —recordaba—. No pude comprarle nada. ¡Cómo me hubiera gustado darle, al menos, una cucharita de ese juego de té que tanto mira en la vidriera de la juguetería de al lado! ¡Maldita plata! ¿Y si viene, qué le digo? Me hago el zonzo, será lo mejor. Pero... entonces va a creer que ella no me importa... ¿Qué hago? Ay, ojalá que no venga. No, que venga igual.

Ya me las voy a arreglar... sí. Que venga.

Pero ¿qué me pasa? ¡Uy, ahí llega! —y el corazón empezó a darle puntaditas de alegría, de nerviosidad, de emoción, de tristeza... Todo junto.

Susi entró al local. Su voz exclamando: —¡Hola, Gabo! —se confundió con la seca voz del torno de don Ramón en funcionamiento. Gabriel estaba engrasando una cadena. —¿Qué le digo? —pensó, totalmente confundido.

Y enseguida: —Ho... Hola, Susi. ¿Qué tal? ¿Por aquí tan temprano?

—Se me desinfló otra vez. ¿Te parece que estará pinchada?

—No creo. Terminó con esta cadena y te atiende. Madrugaste hoy, ¿eh?

—Y... hoy es mi cumpleaños... —le dijo

Susi, desilusionada porque su amigo no lo había recordado.

El torno enmudeció justo en ese momento. De pronto, Gabriel se restregó las manos en un trapo y se acercó a Don Ramón: —¿Me da permiso para salir un ratito? —le pidió.

El viejo lo miró por arriba de los anteojos. De inmediato, su mirada se posó en la cara de “no entiendo nada” de Susi. Enseguida, dijo: —Diez minutos —y volvió a poner en marcha el torno.

Gabriel sonrió, contento. Le guiñó un ojo a Susi y le anunció: —Tengo un regalo para darte. Pero es un regalo muy especial: solamente se puede mirar... Vamos. Salieron a la calle. Doblaron la esquina.

Caminaban en silencio: Susi, porque no sabía qué pensar, tanta era su sorpresa y su curiosidad. Gabriel, porque no sabía cómo iba a recibir la chica ese regalo que a él se le acababa de ocurrir, de repente, al recordar la alegría que había sentido ese amanecer, al oírlo y verlo después, trepando a la medianera de su casa. Llegaron a la mitad de la cuadra. El muchacho se detuvo junto a la tapia que separaba de la vereda el gallinero de doña Dominga.

—Es aquí.

Susi vio las últimas ramas de la higuera. Gabriel le señaló: —Ahí está tu regalo...

—Pero... ¿la higuera de doña Dominga?

—¡Es que esta higuera hoy ha dado gallos en vez de higos! ¡Y sólo para Susana!

Gabriel se aproximó a la tapia y entrelazó las manos para formar un estribo.

—Suba, princesa —le dijo entonces.

Ella le obedeció.

Repentinamente, se encontró alzada. Se aferró a la tapia.

Entonces lo vio. Era verdad. Gabo no mentía. En cada rama de la higuera, un hermoso gallo retozaba al sol. Uno, dos, tres, cinco alados equilibristas comprados el día anterior por la vecina, sin saber que con esa compra iba a abrir para los ojos de Susi la más bella ilustración de un cuento mágico.

Han pasado muchos años desde que Susi cumplió los diez.

¿Hará falta decirlo? Por las dudas, lo confirmo: sí, se casó con Gabo. A la noche de bodas los llevaron los pasos que ambos habían empezado a dar desde aquel domingo de su infancia.

Sin embargo, a partir de entonces y cada vez que llega la fecha del cumpleaños de Susi (ahora, por suerte, muy festejada y repleta de obsequios) cinco gallos desenrollan en su pecho sus kikirikís, trayéndole nuevamente ese regalo que solamente se mira...

se mira...

se mira...
se mira...
con los ojos y con el alma al mismo tiempo.

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU





Picaflor

Se decía que lo único que le quedaba de sus antepasados era ese rostro aindiado, pero nosotros sabíamos que no era así.

Concluidas sus tareas como jardinero, en el preciso momento en que don Nicandro se sentaba a matear a la puerta de su cabaña, con la mirada perdida en el campo que se extendía más allá de las alambradas de la chacra, hacia ahí íbamos mis primos y yo, a pasar un rato a su lado. No porque fuera especialmente cariñoso con nosotros. Pero con ese olfato de la infancia para entender el revés de los gestos de los adultos, sabíamos que nos quería.

Nos bastaba mencionarle algún animal o alguna planta que hubieran despertado nuestra curiosidad de chicos de ciudad, para que él, como hablando para sí mismo, se abriera en un relato fantástico que, a su vez, le habían contado sus abuelos cuando era niño y vivía en el noreste de la Argentina.

Era un libro vivo don Nicandro, un libro parlante que guardaba un tesoro de leyendas indígenas.

Aquella tarde de vacaciones yo acababa de ver, por primera vez, un picaflor. Su diminuta hermosura me había impresionado. —Parece un pajarito inventado, don Nicandro —le dije más tarde—. ¿Cómo es que existe un ave así?

El viejo se quedó unos instantes en silencio, como buscando algo en sus recuerdos y, sin dejar de mirar a lo lejos, nos contó.

—“Hace mucho, mucho tiempo, cuando aún no habíamos nacido ni yo, ni mis padres, ni mis abuelos, ni mis tatarabuelos, eran dos las tribus que ocupaban aquellos pagos que después fueron los míos. Dos tribus que se llevaban a las patadas. Enemistados a muerte, vaya a saberse por qué, los caciques de cada una habían prohibido que su gente tuviera el menor contacto con la de la otra.

—Nuestro territorio llega hasta allí —había determinado uno de los jefes, señalando un bosque que se apretaba en las cercanías—. Prohibido atravesarlo.

—Nuestras tierras terminan aquí —había anunciado el otro de los jefes, mientras hundía una rama en la tierra, marcando el límite de la entrada del mismo bosque, pero del otro lado.

Así fue como ese bosque se convirtió en un lugar vedado para los indios de ambas tribus. Una muralla de árboles y malezas que nadie se atrevía a pisar si quería conservar el pellejo.

Solamente algunos indiecitos, curiosos y traviosos como todos los chicos del mundo, se animaban de tanto en tanto a desobedecer las temibles órdenes y allá iban, sigilosos y dando un gran rodeo para no ser pescados por los mayores; allá iban, a hundirse en la espesura en busca de hierbas, huevos o lagartijas o simplemente a jugar, atraídos por la emoción que les producía el peligro de pisar un sitio prohibido.

—Si serán zonzos nuestros padres... —pensaban—. Perderse ese lugar...

Y los pequeños de ambas tribus retozaban a sus anchas, cada grupo sobre un extremo del bosque, hasta que la prudencia les indicaba que era mejor volver a las tolderías antes que se dieran cuenta de su ausencia.

Nunca se habían enfrentado, tan dilatado era para ellos el bosque y tanto era el miedo de toparse con un enemigo que tenían, porque entonces... ¿qué hacer?

Nunca se habían enfrentado y no se hubiesen enfrentado si no hubiera sido por Aguará.

Aguará. Se cuenta que era un indiecito bravo aquél, como digno hijo de uno de los

caciques que era. ¡Miren que tener el coraje de desafiar la prohibición de su propio padre! Pero es que un pensamiento lo obsesionaba: —¿Serán tan fieros los de la otra tribu? —Y atravesaba las malezas abriéndose camino a punta de machete, con la esperanza de sorprender a alguno de sus enemigos, de los que se oían claramente las risas y los gritos, tan parecidos a los de ellos.

Pero tampoco se habían enfrentado si no hubiera sido por Tala, una indiecita de la otra tribu, fascinada por las flores y por el canto de los pájaros.

Como hipnotizada se internaba en el bosque, en procura de ver y de oír colores y sonidos imposibles en la chatura del campamento. Sus compañeros apenas si se animaban a trasponer las primeras hileras de árboles.

Entretenidos como estaban los indiecitos de ambos grupos, ni cuenta que se daban de las momentáneas desapariciones de Talita o de Aguará.

Ocurrió una tarde.

Talita vagaba por el bosque, tratando de ubicar qué pájaro sería aquel de tan bello canto. Con los ojos alzados hacia las copas de los árboles como llevaba, ni advirtió la presencia de Aguará. Petrificado junto a unos arbustos, el indiecito la veía acercarse hacia allí mientras el pensamiento le alertaba: —¡Una enemiga! —y el sentimiento le susurraba:



—¡Qué hermosa es!

Talita estaba dispuesta a treparse a un árbol, segura de que desde ese lugar provenían los deliciosos trinos. Era la tercera vez, en una semana, que los oía y no quería perderse la oportunidad, ahora que lo tenía tan cerca, de conocer al pájaro que era capaz de cantar de este modo. Tan suavemente se les aproximaba, que las aves jamás huían de ella sino cuando intentaba tocarlas.

Afirmó un pie en la rugosidad más saliente del tronco, se abrazó a él y ya empezaba a elevarse cuando descubrió a Aguará.

Se desprendió horrorizada, y, horrorizada, cayó hacia atrás, desplomándose de espaldas sobre la hierba. ¡Un enemigo la había sorprendido! ¡Y con machete en mano! De seguro que iba a cortarle el cogote y a llevar luego su cabeza como trofeo. —Mejor no verlo —pensó Talita, y, cerrando los ojos, se resignó a entregarse a la mala suerte. ¿Qué otra cosa podía hacer ella, tan frágil, frente a ese pichón de indio que la miraba con los ojos fijos como los de una lechuza?

Ojos fijos en ella los de Aguará, sí; como los de una lechuza, sí; pero abiertos sobre su cuerpo como ante el de una diosa.

—Hija de la luna ha de ser... —se decía el muchacho, al tiempo que se le aproximaba— Hija de la luna... ¡Qué hermosa!

¡Ni soñar con matarla! ¿Cómo matar a

quien, por primera vez, le había hecho saber que también era dulce tener corazón? Pero qué raro era sentirlo latir así, al galope, como en los momentos de peligro... Porque ahora, no temía nada y sin embargo... sin embargo... le saltaba en el pecho al impulso de una emoción tan fuerte como la que había experimentado en ocasiones terribles.

—Ya tendría que haberme cortado la cabeza... —pensaba Talita—. ¿Qué hace éste? ¿Por qué se queda parado junto a mí sin decir nada?

El miedo la obligó a abrir los ojos. No soportaba más la tensión de esperar y esperar, sabiendo que un enemigo estaba allí, a su lado, y en completo silencio. Lo miró, ella también con los ojos fijos como los de una lechuza.

—¡Si vas a matarme que sea de una vez! —le gritó entonces, atragantándose con las lágrimas.

—¡'cha que es brava la hija de la luna! —exclamó Aguará, asombrado por la valentía de la chica y soltó el machete, que fue a clavarse a unos pocos centímetros del pelo de Talita.

Ella ni pestañeó. Estaba acostumbrada a la fiereza de los varones y esa actitud de Aguará, que decidía no hacerle daño a pesar de tener todo en su favor, no provocó en ella más sentimiento que la admiración.

—¡No soy hija de la luna! —le dijo enton-

ces mientras se incorporaba—. Me llamo Tala. Nací en la otra tribu. Se supone que deberíamos odiarnos.

—¿Y la hija de la luna qué opina? ¿Nos odiamos o no?

La mirada que unió entonces los ojos de Talita a los de Aguará no fue, de ningún modo, de lechuza. De ternura, de honda e inexplicable ternura fue. Y en busca de esa ternura que los dos habían sentido por la primera vez, ambos indiecitos volvieron a encontrarse, desde esa tarde, en el mismo lugar que los había unido. En secreto.

Durante unos días todo anduvo bien. Entretenidos, como siempre, en sus juegos, sus compañeros ni cuenta se daban de las desapariciones de Talita o de Aguará. Y ni cuenta se daban, tampoco, del brillo diferente que inundaba los ojos de los dos cuando regresaban de sus solitarias caminatas por el bosque. Como de lluvia mágica.

Claro que la lluvia que, de repente, se derramó sobre el bosque un atardecer, no tenía nada de mágica. Tan copiosa era, tan de "si no te vas te ahogo" era, que los indiecitos de ambos grupos se pusieron muy nerviosos. Trataban de ubicar a Tala y a Aguará para volver a sus respectivos campamentos, cuando notaron que no estaban en ninguna parte.

—Volvamos sin Tala —exclamó Selén, que le tenía celos a más no poder porque a

ella nadie le decía que era linda.

—Volvamos sin Aguará —exclamó Pigüé, que le tenía celos a más no poder porque a él nadie le decía que era bravo.

Y ambos grupos de indiecitos retornaron a sus tolderías.

Esa misma noche, el cacique de una de las tribus envió una patrulla de indios a buscar a su hijo en el bosque.

Esa misma noche, la madre de Tala se internó, desesperada, en el territorio prohibido para rescatar a su hija.

Los hallaron empapados, uno en brazos del otro, y bajo el árbol del primer encuentro.

Ya no se oían los deliciosos trinos. Ya no llovía. La luna, luminosa, lo enharinaba todo.

La tribu a la que pertenecía Talita le impuso, como castigo por su desobediencia, casarse con un indio de su grupo en cuanto cumpliera los quince años. Entretanto, la encerraron en una choza.

El padre de Aguará, cacique, lo castigó obligándolo a vivir solo en ese bosque hasta que cumpliera los quince años.

—¡No! ¡Nunca me casaré con otro que no sea Aguará! ¡Prefiero morirme! —gritaba la niña. Y tanto gritaba, que un día el viento oyó sus quejas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Y Talita le contó.

Entretanto, el indiecito enamorado andaba de aquí para allá a través del bosque, recordando a su amada.

—¡Tala! ¡Tala! —gemía mirando al cielo—. ¿Dónde estás, hija de la luna? Pero el cielo no le hacía caso y la luna seguía muda y lejana cada noche, aunque cada noche contemplaba el dolor del caciquito.

Hasta que se compadeció de él y decidió hablarle.

—Aguará... —le susurró—. Talita eligió morir antes de casarse con un indio de su misma tribu, al que no quería.

El corazón de Aguará se congeló.

—Entonces... ¿está muerta?

—No. Para salvarla, mi amigo el viento la transformó en una flor.

—¿En qué flor, luna, en qué flor se transformó?

—¡Ay! El viento es ciego... No pudo ver en qué flor eligió transformarse tu amada... Aguará se estremeció. Pero recordó entonces el amor que su amiga sentía por los pájaros y flores y sólo tuvo un pedido: ya que ella era ahora una flor... ¡convertirse en pájaro!

—Quiero ser un pájaro de rapidísimo vuelo, luna, capaz de quedar como suspendido, como de pie en un lugar del aire, capaz de avanzar y de retroceder con el puro movimiento de mis alas y de lanzarme en picada

desde muchos metros de altura... —Concedido. Pero... ¿todo eso para qué? —le preguntó la luna.

—¿Es que no entiendes? No sé en cuál, en qué flor encontrar a Talita —gimió Aguará—. Y siendo así como te pido podré mirar y besar velozmente las corolas de cuantas flores descubra durante mi vuelo, sin perder tiempo... En una de ellas se esconde mi amor...

Y entonces la luna, piadosa luna, lo convirtió en un pajarito diminuto, de bellísimo plumaje.

De colores brillantes, de alas puntiagudas y pico largo, libando sin cesar las corolas de todas las flores en busca de la suya, así anda desde entonces el picaflor por montes, selvas, parques y jardines. Nos recuerda que puede existir una almita enamorada, escondida quién sabe dónde, y que sólo hay que tener, como él, el deseo y la esperanza de encontrarla.



Un amor volador

—Si hubiera que esperar en el aeropuerto de Orly o en el de Zurich, podríamos entretenernos mirando los escaparates... —me dijo la señora española que yo acababa de conocer frente al despacho de equipaje— pero en este sitio nos aburriríamos como hongos.

Algo de razón, sí, puesto que el aeropuerto de Atenas no tiene punto de comparación con los que ella mencionaba. Sin embargo, lo que a mí me molestaba de esa demora en la salida del vuelo 606 era el calor que debería soportar, porque para entretenerme contaba con las publicaciones del Congreso de Literatura infantil que se había celebrado en Atenas y que llevaba en el maletín de mano, más dos o tres revistas y una novela, adquiridas poco antes de mi partida del Hotel Damon.

De todos modos, la breve estadía en un aeropuerto internacional siempre me resulta interesante: me brinda la posibilidad de observar gente tan distinta... En fin, quiero de-

cir que, salvo por el calor abrumante de aquel mediodía griego, ese atraso de tres horas en el despegue de mi vuelo hacia Argentina, vía Frankfurt, no me disgustaba demasiado.

Compré cigarrillos y me dirigí hacia el bar.

¡Uf!, a pesar de los ventiladores el bar era un horno. Resignada, traté de ubicar una mesita libre pero, por lo visto, casi todo el mundo había tenido la misma idea que yo de huir de la sofocante sala de espera, ya que no quedaba lugar desocupado en aquel infierno.

—¿Puedo compartir la mesa con ustedes? —le pregunté entonces a un matrimonio de brasileños que estaba consumiendo sandwiches y refrescos junto a su pequeño hijo. Les sobraba una silla.

Así fue como conocí a Constantino y hoy puedo escribir el relato de un episodio de su niñez, tan hermoso como fugaz.

¿Por cuál callecita de Río de Janeiro andará en este momento Constantino?

¿Bajo qué palmera de Senegal lo recordará Lynn de pronto?

Ambos serán ahora dos crecidos adolescentes. No los he vuelto a ver ni tengo noticias de ellos. Sin embargo, estoy segura de que ninguno de los dos olvida aquel "romancito sobre las nubes", ese pequeño "amor vo-

lador" que los unió durante unas horas de su infancia y del que fui testigo casual.

—Somos brasileños pero de origen griego —me explicó, más tarde, la mamá de Constantino—. Vinimos a conocer la tierra de nuestros abuelos. Yo no sé para qué tanto viaje si casi todo lo que fuimos a ver estaba roto... —exclamó el chico de repente.

Sus padres y yo nos reímos con ganas, recordando, los tres, el Partenón, el templo de Delfos y tantas otras ruinas del glorioso pasado helénico... y yo, los pares de zapatos de los que había quebrado los tacos durante las excursiones sobre aquellas históricas piedras, guiados por una agente de turismo que parecía querer someter a los extranjeros a un verdadero maratón... (También, "la culpa" fue mía: de puro coqueta, no quise renunciar al uso de zapatos altos en vez de calzarme más cómodas alpargatas...)

Las casi tres horas de espera se me pasaron en un soplo, divertida como estaba con las anécdotas de viaje del matrimonio Demitropulos y, sobre todo, con Constantino, un muchachito realmente simpático.

—...Informa que el vuelo 606 con destino a Frankfurt parte a las 15:05. Se ruega a los señores pasajeros presentarse ante la puerta de embarque número dos. Su atención, por favor... —Y otra vez el anuncio de la salida del vuelo demorado, difundida a través de los altoparlantes.

Al rato, ya estábamos todos cómodamente instalados en el avión y otro rato después, volando rumbo a Alemania.

Indudablemente, el vuelo 606 estaba predestinado a tener inconvenientes, porque la combinación con el otro avión que nos llevaría hacia Sudamérica y al que debíamos abordar en Frankfurt, también estaba demorado debido a no sé qué dificultades técnicas. Resultado: otras dos horas y media de espera en el aeropuerto germano, tiempo durante el cual la familia Demitrópulos y yo aprovechamos para seguir charlando y tomarnos unas cervezas, mientras Constantino retozaba de aquí para allá entre las mesas de la confitería.

Fue durante uno de esos irs y venires cuando tropezó con Lynn.

Lynn: una deliciosa niñita negra; ojos enormes, nariz diminuta y pelo peinado en decenas de trencitas rematadas en cuentas de colores.

Ignoro cómo lograron comunicarse de inmediato, ya que Constantino sólo hablaba portugués y un poco de castellano y Lynn se expresaba en inglés, matizando su conversación con algunos vocablos en un dialecto africano que no supe identificar. No obstante, ambos hablaban, gesticulaban y se reían a dúo.

Desde una mesa próxima a la nuestra, nos saludó la mamá de Lynn, una voluminosa mujer vestida de acuerdo con las costumbres de su pueblo: largo atuendo multicolor y empinado turbante.



Cuando subimos al jumbo que nos conduciría a nuestros respectivos países de destino, Lynn y el nene ya parecían amigos de toda la vida. Tanto era así, que el señor Demitrópulos consultó a las personas que se sentaban en las dos butacas de mi izquierda para averiguar si accedían a cambiarse de ubicación, trocando esos sitios por los de su hijo y la niña.

Por suerte para los chicos, la gente aceptó el cambio y se ubicó uno en una de las hileras de asientos del medio, junto al matrimonio Demitrópulos, y el otro próximo a la mamá de Lynn, que no había conseguido dos tickets contiguos.

Unas hileras más adelante y sobre el sector de la izquierda, reservado para fumadores, Constantino, la morenita y yo nos dispusimos entonces a iniciar el viaje rumbo a África.

Aclaro el asunto del "sector para fumadores" porque, si no fuera que no logro abstenirme de fumar durante los vuelos, de buena gana podría haberme cambiado yo misma de asiento, cediéndole el mío a la mamá de Lynn. (Aunque... confieso que prefería la compañía de los chicos).

Para gran parte del pasaje, Senegal sería sólo una escala antes de continuar hacia América del Sur. Para Lynn y su madre, significaría la vuelta al hogar. Utilizando las hojas y postales membretadas que la empresa aé-

rea ponía a disposición de los pasajeros y una caja de crayones que la nena sacó de su canasta, ella y Constantino se pasaron largo tiempo intercambiándose dibujitos.

Idioma universal, mediante el dibujo superaron los chicos toda dificultad de comunicación y así pude, también yo, enterarme de que el papá de la nena trabajaba en un banco... que su mamá era diseñadora de modas... que vivía en una amplia casa cerca del mar... que tenía tres hermanos mayores... y que Constantino le gustaba mucho... mucho...

De esto último me di cuenta no sólo por las miraditas de cariño con que lo envolvía, sino también por la cantidad de dibujos con que lo representó:

—Constantino con su abundante cabellera ondulada...

—Constantino bailando con ella una danza africana...

—Constantino disfrazado de comisario de a bordo...

—Constantino y ella de la mano, sobre el verde de un césped que tanto podía ser el de una plaza senegalesa como el de alguna carioca...

Por su parte, el chico no disimulaba su alegría de tener tan encantadora compañera de viaje. Y se lo demostraba de muchas maneras y a "su manera":

—Le contó las trencitas, demorándose más de lo necesario en cada una, en una cuenta que era, evidentemente, un pretexto para la caricia...

—Se probó todos los anillitos de Lynn...

—Le regaló un folleto con paisajes brasileños...

—Escribió su nombre infinidad de veces, rodeándolo con florcitas, pájaros y corazones...

A las dos horas de vuelo, era para mí obvio que entre esas dos criaturas había nacido un cálido sentimiento, tan real como las nubes que sobrevolábamos. No bien los evoco, sus risas y vocecitas vuelven a campanillar en mis oídos y las miradas que anudaban sus ojos brillan ante los míos como hilos de lentejuelas. Como generalmente no consigo dormirme durante los viajes, por más largos que éstos sean, pude contemplarlos a ellos dos dormidos. La cabecita de Lynn reclinada sobre el hombro de Constantino, me gustaría ser pintora para reproducir aquella imagen hermosa. Morenita una cabeza, rubia la otra, tan inocentes las dos; los labios de ella entreabiertos, los deditos manchados de pintura de él; Lynn destacada por vaporoso vestido blanco, Constantino, gracioso con su jardinerero verde... Hasta las azafatas se enternecieron con esa parejita que parecía soñar un mismo sueño y pasaron varias veces sólo para mirarlos.

De tanto en tanto, los padres de Constantino o la mamá de Lynn se acercaban a nuestros asientos para controlarlos a ellos o para preguntarme si no me molestaban. Mientras, los dos chicos se habían olvidado del mundo, del viaje, de sus padres y de mí, absolutamente concentrados en sus juegos, en su relación, en sus sueños...

—Su atención, por favor. Comunicamos a los señores pasajeros que dentro de veinte minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Senegal. La temperatura actual es de 38 grados. Esperamos que quienes concluyen su viaje aquí hayan disfrutado del mismo. El capitán Thiele y su tripulación los saluda muy cordialmente. Les recordamos no olvidar efectos personales a bordo. Gracias.

Informamos a los señores pasajeros que prosiguen este vuelo con destino a Río de Janeiro y Buenos Aires que se hará en Senegal una escala técnica de treinta minutos, por lo que les solicitamos que permanezcan a bordo. Gracias.

Estábamos terminando de desayunar cuando la voz de una azafata anunció lo que acabo de contarte.

Lo que sé que no necesito contarte es la reacción de Lynn, cuando su mamá se le acercó para avisarle que se preparara para bajar. Tampoco es necesario describir la carita que puso Constantino en cuanto se enteró

de que su compañera había concluido el viaje. ¿Quién no puede imaginar lo que sentirían los chicos al tener que separarse? Sólo voy a decirte que ella desprendió unas cuentas de su pelo y se las entregó a Constantino casi sin mirarlo y que él le dio su pañuelo, aunque nunca sabré cuál de los dos lo necesitaba más en aquel momento.

Una despedida sin adioses ni promesas de futuros reencuentros fue la de Lynn y Constantino.

La madre de la niña vino a buscarla, cargando bolsones y abrigos, y pronto ya estaban las dos próximas a la puerta de desembarque.

Constantino apretaba los puños y aparentaba mirar distraídamente a través de la ventanilla.

—¡Constantino, Lynn te está saludando! —le dije, al ver que la nena se volvía para dedicarle aquella última mirada, antes de descender del avión. Los hilos de las lentejuelas brillaron entonces más que nunca.

Cuando el jumbo despegó del aeropuerto de Senegal, aquel "romancito sobre las nubes" empezó a ser recuerdo.

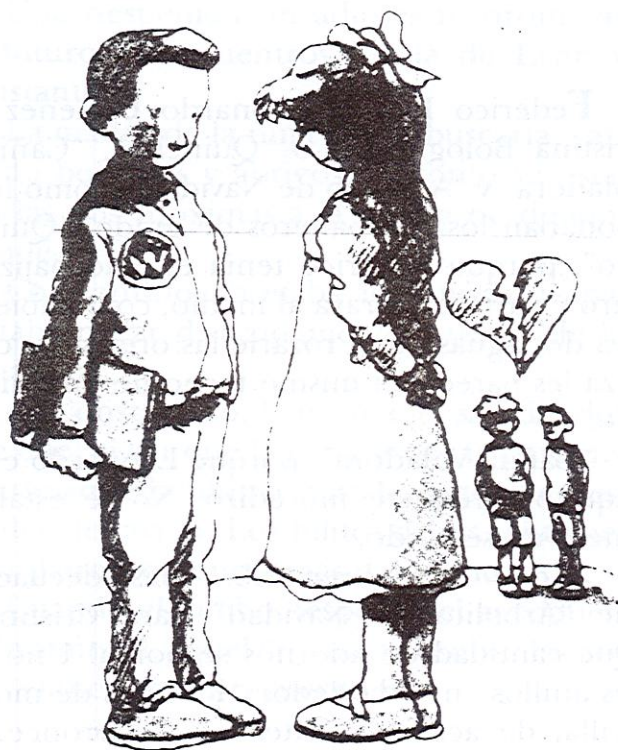
El nuevo

Federico Ranke, Leonardo Giménez y Cristina Bolognini... o "Quincho", "Cañita Voladora" y "Arbolito de Navidad", como los apodaban los compañeros de grado. "Quincho", porque Federico tenía el pelo pajizo, duro y partido en raya al medio, como abierto a dos aguas hasta rozarle las orejas. Su cabeza les parecía el mismo techo de un quincho.

"Cañita Voladora", porque Leonardo era flaquito y réquete movedizo. No se estaba quieto un segundo.

¿Y qué otro sobrenombre más adecuado que "Arbolito de Navidad" para Cristina. ¡Qué cantidad de adornos se ponía! Uno o dos anillos en cada dedo... Pulseras de mostacilla, de acrílico, plateadas, de bronce... cintas en las muñecas y alrededor del cuello... Cadenas con dijes... Una hebilla de strass sobre la trenza derecha y otra de Carey sobre la izquierda...

—¡Lo único que te falta es una estrella



grandota encima del flequillo! —le decían sus compañeros—. ¡Conectada a una pila, para que se prenda y se apague como la de los árboles de Navidad! —agregaban burlo- nes. Pero lo cierto era que ninguno estaba se- guro de que, un día cualquiera, Cristina no fuera capaz de colocársela y aparecerse como siempre, lo más campante. “Quincho”, “Ca- ñita Voladora” y “Arbolito de Navidad” en- tonces, o “Los trillizos”, como también les de- cían, porque Federico, Leonardo y Cristina eran amigos inseparables desde que habían iniciado el jardín de infantes y hasta ese año, en el que les faltaba poco para terminar la es- cuela primaria. Pero una tarde...

Era la fiesta de la primavera. En el esce- nario de la escuela, Cristina recitaba un ina- cabable poema de bienvenida a la estación. Se la notaba radiante, encantada como esta- ba con las tiras de hojas de papel crepé verde y las flores multicolores que la cubrían de pies a cabeza.

Desde la cuarta fila de butacas ubicadas en el salón de actos, dos pares de ojos la con- templaban extasiados. Como si fuera la pri- mera vez que la veían.

Un par de ojos: castaño.

El otro: gris.

Los ojos de Leonardo y de Federico que, sin sospecharlo, habían empezado a sentir exactamente lo mismo.

—Cristina me gusta mucho, Leo —le di-

jo más tarde Federico a su amigo, mientras saboreaban los alfajores y los refrescos que había repartido la cooperadora.

—¡Qué novedad!

—No. No me entendiste. Hoy me di cuenta de que me gusta mu-chí-si-mo, más que una amiga. Como una novia quiero decir.

—¡No puede ser tu novia!

—¿Estás loco? ¿Por qué?

—¡Porque a mí también me gusta!

—¿Y con eso...? Yo lo canté primero, pibe, así que Cristina me toca a mí.

—Veremos.

—¿Qué "veremos"?

—A cuál de los dos elige ella.

—Por mí, vamos a preguntarle ahora mismo.

—Bueno. ¡Que te vaya bien!

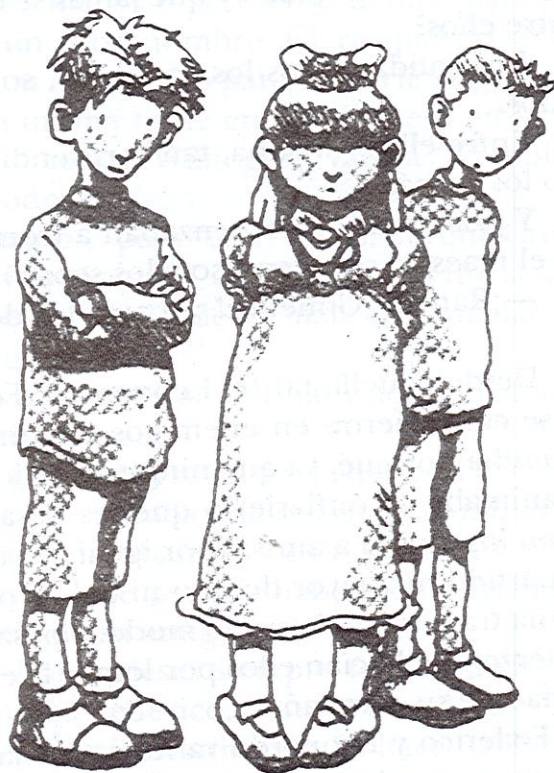
—¡Copión! ¡Como en las pruebas! ¡Siempre copiándote de mí! ¡Tenemos un montón de compañeras y, qué casualidad, vas a fijarte en la que me fijé yo!

—¡Ya me había fijado! ¡Pero no te lo conté! ¡No soy como uno que conozco, un estómago resfriado que nunca puede callarse la boca!

—¡Ahora vas a ver cómo te hago volar, Cañita seca!

—¡No te tengo miedo, Quincho repleto de vinchucas!

Sus gritos atrajeron a algunos compañe-



ros: ¿Leonardo y Federico peleándose como perro y gato? ¿Y llamándose por esos apodos que tanto les enojaban y que jamás se decían entre ellos?

Enseguida, todos los rodearon, sorprendidos.

Entre ellos, Cristina, tan sorprendida como los demás.

Y justo cuando comenzaban a trompear-se, el maestro se interpuso y los separó.

—¡Ranke! ¡Giménez! ¡Al aula los dos!

Desde aquella tarde, Leonardo y Federico se convirtieron en enemigos. Cristina no entendía por qué, ya que ninguno de los dos se animaba a confiarle lo que les pasaba. Y como los quería a ambos por igual, no tomaba partido ni a favor de uno ni del otro. Los seguía tratando del mismo modo, a pesar del esfuerzo que hacían ellos por lograr la exclusividad de su compañía.

Federico y Leonardo ya no se hablaban. Apenas si se miraban de reojo. Esa situación continuaba dos semanas después de la pelea, cuando llegó aquel viernes y, con él, Thomas Willington, un nuevo alumno.

Thomas Willington era el hijo de un diplomático de la embajada británica, al que acababan de trasladar a la Argentina. El muchacho, que a duras penas chapurreaba el castellano, se incorporó al mismo grado al

que iban los ex "trillizos", a pesar de que tenía dos o tres años más.

Los chicos no perdieron tiempo para ponerle un sobrenombre. Claro que no se esforzaron demasiado para buscarle el apropiado. La misma tarde en que ingresó en la escuela, Thomas Willington ya era "Chespir"¹ para todos.

Bueno... para "casi" todos, porque Cristina le dijo "Tommy" de inmediato y fue la única que no se rió de la mala pronunciación del inglesito.

Es más, se mostraba cautivada con el nuevo compañero.

A partir de esa tarde, Federico y Leonardo ya no se miraban de reojo; ¡ni se miraban! De reojo miraban los dos a Cristina y a ese "Chespir" que parecía haber conquistado el corazón de su amiga.

—Los ingleses siempre fueron piratas... —pensaba Federico, muerto de rabia.

—La está colonizando, la hace hablar en su idioma... —pensaba Leonardo al oír las frases en inglés que se decían Cristina y "el tal Willington", furioso porque a veces no las entendía.

—Extranjerizante esta Cristina... Embobada con los artículos importados —pensaban los dos.

¹ "Chespir": incorrecta pronunciación del apellido Shakespeare, famoso escritor inglés nacido en 1564 y fallecido en 1616.

El colmo:

Cristina apareció una mañana, en la escuela, con una patineta importada. —Este skate² me lo regaló Tommy —se pavoneaba más tarde, en el primer recreo—. Tenía dos... Y como somos muy friends...³

Las compañeras, deslumbradas.

—“Skate”, dice “skate”, ¿te diste cuenta?

—Leonardo no pudo soportar más el silencio de su amigo “en desgracia” como él y, sin advertirlo, se encontró de repente codeando a Federico. Ambos, parados como postes a unos metros de Tommy y de Cristina, se mordían los labios.

Así se mordieron también sus celos y sus ganas no confesadas de estrujar al inglesito.

—Bah... Bah... todas las chicas son iguales, ¿nou es ciertou, Leonardou? —dijo Federico, remedando la pronunciación de “Chespir”.

Las risas que entonces los hicieron cómplices rompieron el enojo que los había distanciado durante tantos días.

—Nou vamos a iorar por eia, Leou.

—Ni lou pienseis, boy.⁴

—¿Quei te pareci si el domingou desafamous al Toumi en una carrera con esqueits?

—¡Fantásticou, Federicou!

² Skate: patineta.

³ Friends: amigos.

⁴ Boy: muchacho.

—¡Hicieron las paces! ¡Por fin hicieron las paces! —exclamó Cristina, contentísima, al verlos bromear tan divertidos.

Ese domingo, Leonardo y Federico, patinetas en mano, se dirigieron hacia la explanada de la Plaza Francia, donde los esperaban Tommy, Cristina y otros chicos.

Enlazados de los hombros iban, como buenos amigos que eran.



Chau

Viernes 9 de noviembre, siete de la tarde

Hasta hace dos horas, yo era la niña de la alegría, la de los ojos transparentes y la sonrisa abierta para cada una de tus miradas.

Ahora soy la niña de la tristeza. Me rondan los ángeles de la pena y de a ratos lloran conmigo, ayudándome a aplastar sobre la almohada este dolor que siento por primera vez, como también, por primera vez, me había sentido barrilete, gaviota, jet, impulsada por un sentimiento distinto a todos.

¿A quién contarle ciertas cosas si no a mi diario?

Tendría que hablar con mamá, pero me da vergüenza. Por eso, le dije que me había peleado con Sandra. No me hizo preguntas. Ella sabe que Sandra es mi mejor amiga; entendió entonces mis lágrimas y entendió que yo quisiera esconder la pena en mi propio cuarto.

Le mentí. Me duele el engaño pero hoy no puedo confiarle lo que realmente me sucede. No puedo. Acaso me anime mañana o pasado... Porque...

¿Quién mejor que mamá para comprenderme? A ella le basta mirarme y...

Casi podría asegurar que adivinó todo pero, siempre, dulce mamá, sabe encontrar el momento oportuno para hablarme. Y debe de haberse dado cuenta de que no era éste.

Acurrucada sobre los pies de la cama, la gata me espía como si quisiera maullarme:

—Yo te acompaño, Ingrid.

¿De modo que ésta es la tristeza? ¿De modo que es una mano helada que araña la garganta y baja teloncitos de niebla sobre los ojos? ¿De modo que es una lastimadura invisible?

Hace dos horas me dijiste chau, Mariano, pero un chau diferente, no ése desgana-do y que estirábamos como un chicle para estar juntos un rato más cuando nos despedíamos cada tarde, al salir de la escuela. Tu chau de hoy significó que ya no vamos a ser amigos hasta la muerte. De repente, soplaste la llamita que yo creía que habíamos encendido entre los dos. Creía.

Lo cierto es que sólo yo la había encendido.

Y ahora también te digo chau y le digo

chau a todo lo hermoso que vivimos a dúo. Pero antes de despedirme voy a hacer una listita de las cosas que te dejo y otra de las que me llevo, aunque ya no te importen ni las unas ni las otras.

Te dejo:

—Los papelitos en los que te copié tantos versos, ésos de amor que escribía mi mamá durante su adolescencia y que puso sobre mi mesa de luz, sin decirme nada, el día en que cumplí los doce y le conté que me gustabas...

—El chocolate a medio terminar que quedó en un bolsillo de tu campera la última vez que fuimos al cine. (¿Se habrá derretido, como tu cariño? ¿Harás un barquito para otra chica, con su envoltorio anaranjado?)

—El dibujo sobre la pared de tu casa, ese pájaro de tiza que, decías, nos iba a llevar volando alrededor del mundo el día en que fuéramos grandes...

—La ventana de ese rascacielos estilo cienciaficción que vimos en una revista extranjera y desde donde íbamos a festejar, mi cabeza en tu hombro, la llegada del año 2.000...

—Mi alegría, toda entera; no me queda ni una pizquita para mí.

Me llevo:

—La emoción del primer encuentro y el color de la siesta de primavera que nos vigilaba entre los árboles del Jardín Botánico...

—La tibieza de tu mano en la mía cuan-

do me la estrechabas con la excusa de que soy una despistada para cruzar las avenidas "porque tengo que cuidarte, Ingrid; ¿tanto te cuesta entender los semáforos?"

—El anillito de doble hilera de canutillos, ése que enhebraron tus dedos y que persiste en uno de los míos cuando volvimos a vernos después de las vacaciones de invierno...

Toda, toda esta tristeza, porque es únicamente mía.

Repaso una y otra vez los instantes que compartimos, Mariano.

¿Qué pasó? ¿Es cierto que te vas de mi vida? ¿Es cierto que me vas a dejar sin lo celeste de tus miradas? ¿Qué hago, Mariano? ¿Es posible doblar los recuerdos queridos como pañuelos y olvidarlos en un cajón del placard? ¿Qué hago con tantos caracolitos como se quedarán prisioneros en la punta de mi lápiz, porque ya no volveré a dibujártelos? (Uno por cada sonrisa tuya, te decía; uno por cada... ¿Los recordarás alguna vez?) ¿Y a quién le vas a decir "mi solcito" desde ahora en adelante? ¿Y a quién podré volver a decirle "el sol es tuyo" después de esta tristeza?

En tu patio ya estará anocheciendo y aunque el mismo atardecer cálido se está recostando sobre los balcones de mi casa, me parece que todo el frío se hubiera dado cita aquí.

Domingo 11 de noviembre, cinco de la tarde

Ayer a la noche no pude más y hablé con mamá. Le conté todo. Me escuchó atentamente. No sé cuánto tiempo lloré, abrazada a su dulzura.

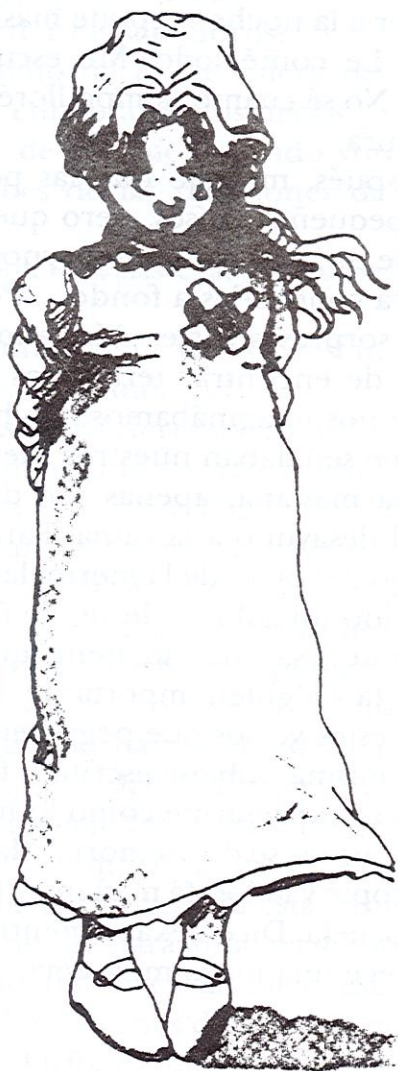
Después, me dijo que las personas son como pequeños países, pero que no existen guías de turismo para enseñarnos a recorrerlas, para conocerlas a fondo... Por eso, a veces las sorpresas tristes, Mariano. Y otras, la alegría de encontrar territorios parecidos a los que nos imaginábamos... o hasta iguales a los que señalaban nuestros sueños...

Esta mañana, apenas me desperté, me traje el desayuno a la cama. Para mimarme. Y debajo del plato de la mermelada me había escondido un sobre celeste, de ésos que ella solamente usa cuando tiene que escribirle una carta a alguien importante. Lo abrí y encontré estos versos que pegué en mi diario y que yo misma hubiese escrito si fuera grande y pudiera expresarme como lo hace mamá.

Ya casi los sé de memoria, Mariano, y acaso los copie y te los dé mañana, cuando te vea en la escuela. Dicen exactamente lo que siento. Parece una maga mi mamá.

Romance del país que no conocí

No conocí el paisito
 de donde tú llegabas:
 lo busqué en cada mapa
 pero no figuraba.
 Por eso, al ver tus ojos
 yo me lo imaginaba
 con un río celeste
 oleando en sus mañanas.
 (¿Fue el río el que te puso
 de agua la mirada
 y esa manera dulce
 de apoyarla en la nada?)
 No conocí el paisito
 de donde tú llegabas:
 por eso, al oír tu risa
 yo me lo dibujaba
 con una torre alta,
 henchida de campanas.
 (¿Fue allí donde aprendiste
 a alzar la carcajada
 y ese modo de darla
 sonora, larga, clara?)
 No conocí el paisito
 de donde tú llegabas.
 Toqué tu piel y dije:
 —Viene de donde se ama.
 Por eso fui tu amiga:
 de puro equivocada,
 que hoy sé que no había río.



ni torre, ni campanas...
 Fuiste un sueño apenas
 y era yo quien soñaba.
 Tan sólo había tu pecho
 con la puerta cerrada,
 sin rincón de caricias,
 sin paloma anidada,
 sin lugar para un beso,
 sin luces ni guitarras.
 Por eso no podías
 sentir que me hacías falta
 ni beber de a poquito
 el color de mi lágrima.
 Por eso no podías
 atarte a mis palabras,
 la mitad, entre risas
 y la otra, lloradas.
 En vano tantos versos
 de siesta amanzanada.
 En vano tantos versos:
 mi silencio extrañabas.
 Por eso, sin siquiera
 decirme qué pasaba
 en un día cualquiera
 me dejaste olvidada.
 Qué triste es despedirte,
 pasajero de mi alma...
 Tu recuerdo me sigue
 como un pájaro en llamas.
 No podías quererme.
 Hoy lo entiendo y me daña

pero sé que es la vida
 la que anuda o separa.
 No conocí el paisito
 del que te despegabas
 ni tampoco tú el mío,
 coloreado de infancia.
 ¿A quién culpar entonces
 de estas cosas que pasan?
 Me llevo mi solcito:
 le sobra a esta nevada.
 Mi última muñeca
 mira y no entiende nada.
 Mi última inocencia
 es lágrima en la almohada.
 Ya apago los reproches
 como apago mi lámpara
 mientras una certeza
 se enciende en madrugada:
 No pudiste quererme.
 Eso es todo. Qué lástima.

Ahora sí:
 Chau, Mariano.

■ Segunda carta a los
■ chicos enamorados

Digo que ésta es la segunda, porque la dirijo especialmente a ustedes, a los cientos de lectorcitos que con tanto afecto y confianza respondieron a la sugerencia que les hice en la primera que les escribí (me refiero a la carta que aparece impresa al principio de "EL LIBRO DE LOS CHICOS ENAMORADOS") y me inundaron el escritorio y el corazón con sus palabras, dibujitos y fotografías. Porque es debido a ustedes, a sus pedidos, que encaré la creación de este volumen de cuentos que hoy finalizo con la esperanza de que lo hagan suyo tal como al otro.

Ahora, quisiera hacerles una aclaración y formularles yo un pedido.

La aclaración:

Contesté y contesto casi toda la pila de cartas que recibí y que recibo semanalmente y que niños (y grandes también) me envían. Y digo "casi" toda, porque sé que algunas quedaron o quedarán sin respuesta, muy a mi pesar. El motivo: ¡ah, chicos!, deben consignar su domicilio completo (código postal

incluido, en lo posible). En ciertas oportunidades, no puedo responderles debido a que tales datos son ilegibles; en otras, porque colocan únicamente la provincia o el país de origen en el remitente (como en el caso de una nenita de Mendoza, o el de un adolescente cordobés, o el de una muchacha venezolana, para citar tres ejemplos que recuerdo en este momento). Entonces, si me escriben, no olviden colocar muy claramente su domicilio, ya sea al final de la carta o al dorso del sobre.

El pedido:

Un poquito de paciencia si es que demoro en contestarles. No es que me disguste recibir tres o cuatro cartitas de un mismo lector y en el mismo mes, con el reclamo de una pronta respuesta, pero sucede que, en verdad, a veces me resulta imposible responderles de inmediato. Ésa es una de las desventajas de ser una persona mayor: mucho trabajo, bastantes problemas y escaso tiempo libre para dedicarlo a las cosas que a una más le gustan...

A "los nuevos", a los lectorcitos que no conocen "EL LIBRO DE LOS CHICOS ENAMORADOS" y que ahora acaban de leer esta docena de cuentos, les doy la bienvenida a este territorio del amor-niño que han transitado y espero que los textos aquí reunidos hayan sido como espejitos de algunas de sus

propias sensaciones, de sus más entrañables sentimientos...

A unos y otros, los saludo muy cariñosamente y me despido con un montón de besos... ¡irrompibles!

Hasta pronto,

 W. ORNEEMANN

ÍNDICE

Dedicatoria	7
No somos irrompibles	9
Con el sol entre los ojos	11
Mil grullas	17
¿Quién es ese ganso?	31
Ventanas	41
Pequeña ola	55
A vuelo de pájaro	69
Nomeolvides	75
Se mira y no se toca	87
Picaflor	97
Un amor volador	109
El nuevo	119
Chau	129
Segunda carta a los chicos enamorados	139

ELSA BORNEMANN

Es una de las más destacadas escritoras de literatura infantil en lengua castellana. Sus libros de cuentos, novelas y poesías la han convertido en la autora predilecta de niños y jóvenes, y le han dado un notable reconocimiento internacional.

Ha sido nombrada en la lista de honor de IBBY, en la lista de honor de ALIJA y en 1986 obtuvo una mención especial en el Premio Nacional de Literatura para Niños de Argentina.

En Alfaguara ha publicado *No somos irrompibles*, *Queridos monstruos* y *¡Socorro!*